

SOBRE LA MENTIRA DE LA POSVERDAD. NOTAS PARA UNA TEORÍA FILOSÓFICA MATERIALISTA DE LA MENTIRA

Pablo Huerga Melcón

Universidad de Oviedo

https://doi.org/10.33676/EMUI_nomads.60.04

Resumen:

Palabras-clave:

On the post-truth lie. Notes for a materialist philosophical theory of lie

Abstract:

Keywords:

Sobre la metafísica de la mentira

1

En su ensayo, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, prometía el joven Nietzsche un análisis de este concepto ajeno al contexto moral. En diálogo con las tesis de San Agustín, daba también primacía a la mentira de palabra. Después de clasificar los tipos de mentiras, san Agustín reconocía, sin embargo, que sólo es pecado la mentira que tiene la intención de causar daño. En su escala, la mentira capital y primera que hay que evitar es la mentira en la doctrina religiosa. No sé lo que diría San Agustín si llegara a leer el titular de esta noticia firmada por Michael Greshko en *National Geographic*, y publicada el día 9 de abril de 2020: “La

gran estafa de los manuscritos de la Biblia del mar Muerto”. Cuando dejamos el titular y seguimos leyendo vemos que la noticia se refiere sólo a los manuscritos de la Biblia que se exhiben en el Museo de la Biblia de Washington DC, 16 fragmentos, pero no pone en duda la autenticidad de los casi 100.000 fragmentos de los manuscritos de la Biblia del mar Muerto que se encuentran en el Santuario del Libro del Museo de Israel en Jerusalén. Según la clasificación de San Agustín esta mentira no sería por tanto la primera y capital -la mentira en la doctrina religiosa-, sino la tercera, aquella que favorece a alguno pero perjudica a otros, concretamente perjudica al Museo que ha pagado por un fraude, y beneficia al defraudador que lo vendió.

La clasificación de las mentiras de San Agustín, hecha en función del rendimiento a que puede dar lugar la mentira, aparece reflejada, de algún modo, en la taxonomía de los tipos de personas según el coste o beneficio de sus actos que ofrece Carlo María Cipolla en el ensayo de 1976 “Las cinco leyes de la estupidez humana” que recoge en su libro, *Allegro ma non troppo: el indefenso, el bandido, el inteligente y el estúpido*. Dice san Agustín: “La mentira capital y la primera que hay que evitar decididamente es la mentira en la doctrina religiosa. [...] La segunda es la que daña injustamente a alguien, es decir, que perjudica a alguno, y no aprovecha a nadie. La tercera es la que favorece a alguno, pero perjudica a otro, aunque no sea en torpeza alguna corporal. La cuarta es la cometida por el puro apetito de mentir y engañar, que es la pura mentira a secas. La quinta es la que se comete por querer agradar en la conversación. La sexta es la que aprovecha a alguno, sin perjudicar a nadie. [...] La séptima es la que, sin perjudicar a nadie, favorece a alguno, exceptuando el caso de que pregunte el juez. [...] La octava es la que, sin perjudicar a nadie, aprovecha a alguien para evitar ser mancillado en el cuerpo”.

La segunda mentira corresponde, en la clasificación de Cipolla, al estúpido, porque no aprovecha a nadie; la tercera y la séptima podrían referirse a los incautos o bandidos, porque en ambos se favorece a alguien, si a uno mismo, o a otros. Y la sexta es interesante, porque no entra en las categorías de Cipolla que alguien pueda hacer algo que le beneficie a él sin que le perjudique a nadie, como también podría darse el caso de que alguien mintiendo se perjudique a sí mismo sin beneficiar a los demás. La cuarta y la quinta coincidirían, creo, con la que Oscar Wilde consideraba en su ensayo, *La decadencia de la mentira*, “la única forma de Mentira absolutamente irreprochable”, la que “alcanza su grado más elevado en el Arte”. Podría entenderse como una falsa mentira, puesto

que el arte engaña sin el propósito de engañar: “Después de todo, ¿qué es una buena mentira? Sencillamente, la que entraña su propia evidencia. Si alguien tiene tan poca imaginación como para aportar pruebas en apoyo de una mentira mejor que diga la verdad sin más.” En todo caso, Cipolla no se refiere al acto de la mentira, sino a cualquier tipo de praxis, mientras que san Agustín hace estas consideraciones ante el acto de la mentira, que es uno de los posibles actos que pueden contribuir tanto al beneficio, como reconoce el propio San Agustín sin rubor –siguiendo a Platón–, como al perjuicio propio o ajeno.

2

Kant, sin embargo, como si recitara los versos homéricos –“Es mi enemigo como las puertas del Hades el que oculta en la mente una cosa y dice otra”–, recomienda decir siempre la verdad por imperativo categórico. Así lo defiende en su escrito “Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía”, que pretendía responder al texto de Benjamín Constant titulado *Francia en el año 1797* en el que se lee: “El principio moral, por ejemplo, de que decir la verdad es un deber, si se tomase de manera absoluta y aislada, haría imposible toda sociedad. Tenemos la prueba de ello en las consecuencias muy directas que de ese principio ha sacado un filósofo alemán, que llega hasta a pretender que, ante asesinos que os preguntasen si vuestro amigo a quien persiguen se ha refugiado en vuestra casa, la mentira sería un delito”. Para excusar a Kant, Dulce María Granja Castro y Eduardo Charpenel Elorduy consideran que Benjamin Constant interpreta como controversia moral lo que podría ser razonable en términos jurídicos. Viene a ser el asunto como la situación que se genera en dos escenas de sendas películas. Una de ellas ocurre en *Frenesí*, de Hitchcock. El protagonista, falsamente sospechoso de asesinato, se refugia en casa de unos amigos que, en vista de las evidencias, y aun sabiendo y confiando en que no es culpable, para evitar problemas judiciales, dejan de ocultarlo y le piden que no les comprometa. Aquí estaría cumpliéndose la norma de Kant. Por no mentir, deciden dejar a su suerte al sospechoso. La otra escena transcurre en *El pianista*, de Roman Polanski, donde se oculta a un judío perseguido en el gueto. Ahora bien, curiosamente, en el caso de *Frenesí*, es el propio asesino el que, muy kantianamente, denuncia al sospechoso por esconderse de la justicia, puesto que la policía a quien busca es al sospechoso (que, por cierto, es sospechoso y condenado porque ha sido víctima de un engaño), no al asesino, que es capaz de mentir y de decir la verdad; claro que si el asesino fuera kantiano y dijera la verdad no habría llegado a ser asesino. Pero si la interpretación de Kant no fuera meramente jurídica sino moral, quizá habría que decirle aquello que

Calicles le dice a Sócrates en el *Gorgias* de Platón: “¿qué sabiduría es esta, Sócrates, si un arte toma a un hombre bien dotado y le hace inferior sin que sea capaz de defenderse a sí mismo ni de salvarse de los más graves peligros ni de salvar a ningún otro, antes bien, quedando expuesto a ser despojado por sus enemigos de todos sus bienes y a vivir, en fin, despreciado de la ciudad? A un hombre así, aunque sea un poco duro decirlo, es posible abofetearlo impunemente.” Abofetearlo tan diligentemente, diría yo, como es abofeteado George Clooney por Josh Brolin, en la lúcida película de los hermanos Cohen *¡Ave, César!*, de 2016, en aquella escena memorable. George Clooney acaba de ser liberado de un secuestro en el que está involucrado especialmente el “gran” filósofo de la época en Hollywood: Herbert Marcuse. Después de someterse a un conveniente “lavado de cerebro” por parte de Marcuse, el famoso actor Baird Whitlock (George Clooney) vuelve a los estudios dispuesto a defender la idea de que el arte está al servicio de las clases explotadoras.

–“Aunque esos tipos son muy interesantes. Han llegado a entender las leyes que lo rigen todo. La Historia, la Sociología, la Política, la Moralidad, todo. Está todo en un libro llamado *Kapital*, con K.

–No me digas.

–Sí. Y no vas a creer esto, esos tipos incluso han llegado a entender qué ocurre aquí en el estudio porque el estudio no es más que un instrumento del ca-pi-ta-lis-mo.

–Mm.

–Sí. Así que seguimos ciegamente estas leyes como cualquier otra institución. Leyes que estos tipos han entendido. El estudio hace películas para servir al sistema. Esa es su función. Eso es realmente lo que hacemos aquí.

–¿Ah, sí?

–Sí. Sólo es confirmar lo que ellos llaman el *statu quo*, es decir, intentamos convencernos de que estamos creando algo con valor artístico o que hay una especie de dimensión espiritual en el negocio de las películas, pero lo que es en realidad es que ese pez gordo que está en Nueva York dirigiendo esta fábrica, sirviendo esas golosinas a los ¿como lo llaman ellos?, “el pan y circo”...”

Después de exponer ante el productor, Eddie Mannix, sus nuevas ideas, pretendiendo dejar la película que sobre el emperador Julio César están rodando, el productor se levanta, coge por la pechera al actor, que está

vestido ridículamente de romano, y le abofetea mientras le dice imperativo:

-“Escúchame bien, bastardo. El productor y este estudio han sido buenos contigo y con todo el que trabaja aquí. Si vuelvo a oírte hablar pestes del señor St. será lo último que digas antes de que te mande de cabeza a la cárcel por conspirar para tu propio secuestro.

-Eddy, yo nunca haría eso. (Bofetada).

-Cállate. Vas a salir ahí y vas a terminar *Ave César*, y vas a soltar ese parlamento a los pies del ladrón arrepentido y vas a creer cada palabra que digas (Bofetada). Y vas a hacerlo porque eres actor, y eso es lo que haces. Igual que el director hace lo que hace, y el guionista y el script, y el tipo que le da a la claqueta. Y vas a hacerlo porque la película tiene valor. Y tú tienes valor si sirves a la película. Y nunca volverás a olvidar eso.

-De acuerdo. No lo olvidaré.

-Ten por seguro que no. No, mientras yo dirija este vertedero.... Baird, sal ahí, y sé una estrella.”

3

Nietzsche nos entrega una crítica de la historia de Occidente, un engaño urdido por los débiles para imponer su dominio sobre los fuertes. Los fuertes no necesitan ocultar la verdad. Este argumento es el mismo que defiende Hippias frente a Sócrates, en el conocido diálogo platónico *Hippias menor*. Según Hippias, Odiseo miente porque es inferior, débil, mientras que Aquiles es veraz, no necesita mentir. Todo es mentira, viene a decir Nietzsche y, particularmente, la noción de verdad como consecuencia del conocimiento, tal y como se viene entendiendo desde Sócrates. La verdad depende de la ficción creada por los hombres, una ficción congelada en los conceptos que generan esa misma ilusión de verdad. Es la repetición de un sueño, o un sueño congelado: “Ser veraz es mentir según una convención establecida” –dice. Vivir dentro de una creencia, envuelto en una nebulosa de creencias, según la imagen de Gustavo Bueno. Nietzsche expresa aquí lo que podríamos llamar el “dialelo epistemológico”: para hablar de conocimiento y verdad primero hay que construir las bases ontológicas de la verdad, que es una convención, una simulación, una mentira. El lenguaje es la legislación válida de la verdad, las palabras, para hacer aparecer lo irreal como real.

Verdad y Realidad se estudian aquí según la Teoría metafísica de la mentira, como dice Bueno en sus teselas dedicadas al asunto de la mentira. En ese enfoque metafísico, la verdad se corresponde con el ser, en el sentido de Parménides; y la mentira, con el no ser. Por eso la verdad se entiende como *a-letheia*, desvelamiento.

Esa noción de la mentira como una trama urdida por los débiles con disimulada intención para dominar a los fuertes, ya había sido formulada con precisión por Calicles en el diálogo *Gorgias* de Platón que dice: "Pero según mi parecer, los que establecen las leyes son los débiles y la multitud. En efecto, mirando a sí mismos y a su propia utilidad establecen las leyes, disponen las alabanzas y determinan las censuras. Tratando de atemorizar a los hombres más fuertes y a los capaces de poseer mucho, para que no tengan más que ellos, dicen que adquirir mucho es feo e injusto, y que eso es cometer injusticia: tratar de poseer más que los otros. En efecto, se sienten satisfechos, según creo, con poseer lo mismo siendo inferiores." Y en ella se encuentran quizá los elementos cruciales para entender la mentira en su dimensión antropológica e histórica. Porque lo que Nietzsche ha hecho es excederse en el juicio y proyectar al *todo* de lo real, algo que tiene un sentido práctico muy preciso. Y al proyectarlo al *todo* también Nietzsche estaría pretendiendo engañarnos a los lectores que siguen contemplando y lidiando con sus extravagancias desde que en 1900 nos dejó todo su legado, como decía Crane Brinton.

Una gran mentira que sólo podremos descubrir si nos tomamos "la pastilla roja" en lugar de "la azul"; con la duda de si "la pastilla roja" no nos conducirá a una alucinación aun mayor, un ensueño del que no podemos ya despertar. Los débiles engañan a los nietzscheanos, como las máquinas, mediante engaño, conducen a los seres humanos a pasan su vida encadenados a una matriz artificialmente diseñada para ser una central energética. "Mátrix es una mentira para tu mente", dice Morfeo. Y lo mismo vemos en el *Mito de la Caverna* de Platón. Sólo que en ese mito no está claro que aquellos esclavos encadenados están ahí colocados por un agente dominador. Es algo que en el mito no parece claro, aunque es evidente que los hombres que trasiegan con figuras detrás del biombo y hablan y callan, lo harán con algún motivo, guión o argumento.

¿Qué pretenden? Porque las imágenes son, para ellos, todo lo real. ¿Hay una intención real de mantener a los esclavos encadenados, o son los mismos esclavos los que no se sueltan las cadenas porque el mundo ahí reflejado es tan sugerente, seductor y convincente que olvidan su estado?

¿Acaso podrían aguantar toda su vida viendo cualquier cosa ahí en la pared de enfrente, de cualquier manera? ¿Qué clase de naturaleza humana es esa en la que se entiende como posible que los hombres pasen su vida mirando cualquier tipo de sombra puesta ante sus ojos de cualquier manera? No; tiene que haber un guión, y tiene que ser muy convincente para que nadie quiera salir, para que nadie tolere que alguien venga a despertarles. Tiene que ser muy convincente para que lleguen incluso a matar a Sócrates por ello.

4

Cuando Truman, en la película, *El show de Truman*, de Peter Weir (EEUU, 1998), comienza a devanar los hilos de la trama que ha sido construida para él -esa réplica artificial del mundo real circunscrito a un entorno limitado por determinadas trampas que son las que acabarán conduciéndole a descubrir el engaño (porque su esquema de identidad sobre el mundo sigue siendo el mismo que compartimos todos, un mundo en el que no cabe la posibilidad de que caigan focos del cielo o que llueva como una regadera móvil, etc.)-, cuando Truman, -digo-, ha chocado ya con el barco contra ese horizonte de cartón piedra pintado de azul celeste, y sube las escaleras que le conducen a la puerta tras de la cual se cierne una oscuridad, (anticipamos que, además, fría o, al menos, fresca, como es la calle al salir de nuestra casa a la intemperie), todavía le habla su creador desde la megafonía general del entorno escénico para decirle:

"-Truman, ¿puedes hablar? Te escucho.

"-¿Quién eres?

"-Soy el creador del programa de televisión que llena de esperanza a millones de personas.

"-Y ¿quién soy yo?

"-El protagonista.

"-¿Nada era real?

"-Tú eres real. Por eso valía la pena verte. Escúchame Truman, ahí fuera no hay más verdad que la que hay en el mundo que he creado para ti, las mismas mentiras, los mismos engaños, pero en mi mundo tú no tienes nada que temer. Te conozco mejor que tú mismo.

"-Nunca has tenido una cámara en mi cerebro.

"-Tienes miedo, por eso no puedes marcharte. Está bien, Truman (acaricia el pelo de Truman en la pantalla con la mano [resulta totalmente repulsivo]), yo te comprendo, llevo observándote toda tu vida. Te observé al nacer, te observé cuando diste tu primer paso, observe tu primer día de colegio, y el capítulo en el que se te cayó tu primer diente. No puedes irte Truman, éste es tu sitio, conmigo. Háblame. Dime algo. ¡Di algo, maldita sea, estás en la televisión en directo ante todo el mundo!

"-Por si no nos vemos luego, buenos días buenas tardes y buenas noches."

Aquí la opción de Truman es convertir el opio "para" el pueblo en opio "del" pueblo. Truman puede ahora ya, sabiendo que todo es una farsa, quedarse dentro "calentito", o asomarse al mundo. Si ha comenzado a remontar la cuesta escarpada de la caverna es porque está lleno de indicios que así lo anuncian. Indicios, fulcros, que le conducen al descubrimiento. El engaño ya no puede continuar. La escena es muy interesante, porque entre otras cosas aparece aquí esa figura del creador, que se ofrece claramente como una especie de Dios –de hecho, le habla desde las alturas, desde el sol que brilla entre las nubes, y a donde dirige Truman la mirada cuando escucha el sonido cavernoso de su nombre "Truman". Pero ese Dios padre (Ed Harris) que luego vemos en unos primeros planos que resultan ser profundamente enojosos, odiosos, despreciables, repulsivos, comienza de pronto a gritar, manifestando su condición frívola y miserable; se le han visto las cartas y ya no puede más que apelar a la adulación dulzona e impotente, un genio maligno descubierto.

Ahora, los actores que colaboran en el engaño convierten a Truman en una víctima, por lo que son falsos actores, salvo la chica que le ama, que es expulsada del programa porque está dispuesta a liberarlo. Esos falsos actores están programados como los humanos que pueblan el mundo de Mátrix, que son meras "apariencias". Sólo serían verdaderos actores si el propio Truman asumiera voluntariamente su papel. Por tanto, también ellos están engañándole. Y es interesante que el director le diga que en ese mundo no hay más verdad que la que hay fuera, las mismas mentiras, los mismos engaños, pero que en ese mundo "no tiene nada que temer". No tiene nada que temer porque en este "mundo" todos los engaños están dirigidos a su mantenimiento, son engaños controlados, mientras que en el mundo exterior, lleno también de engaños, (porque todos mentimos), esas mentiras están afectando a todos y haciendo que todos nos estemos perjudicando mutuamente, tanto al engañar como al ser engañados, porque nunca estamos seguros de que los engaños urdidos por nosotros

mismos puedan resultar beneficiosos para nosotros y perjudiciales o indiferentes al resto. Pero en el interior todo está controlado para que nadie, absolutamente nadie, le pueda desvelar la verdad.

El mito de la caverna, en los casos de *Matrix* y *El Show de Truman*, apunta claramente a la figura de una mentira urdida por un ente superior, que es superior porque es capaz de mantener a raya a “toda la humanidad” utilizando a su servicio las estratagemas necesarias. Un Dios envolvente que urde una gran trama, la “trama de la verdad”, que diría Nietzsche. Así, si según la sentencia de Protágoras, “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son y de las que no son en tanto que no son”, es el hombre también el que establece lo que es la verdad. No hay nada, pues, que sea verdadero en sí. A lo que diría Nietzsche:

“Si doy la definición de mamífero y a continuación, después de examinar un camello digo: he ahí un mamífero, no cabe duda que con ello se ha traído a la humana manera verdad, pero de un valor limitado; quiero decir, es antropomórfica de pies a cabeza y no contiene ni un solo punto que sea verdadero en sí, real y universalmente válido, prescindiendo de los hombres”.

Luego, todo es una convención que oculta esa supuesta “verdad en sí”.

5

¿Qué medio habrá para desvelar esa verdad? ¿Un iluminado, un loco, como Zaratustra-Nietzsche? ¿Y cómo podrá descubrir esa mentira? No es extraño que Thomas Mann apuntara la idea del sacrificio deliberado de Nietzsche para pasar al “otro lado”, para indagar en el lado oscuro de la locura, precisamente definida así por aquellos que, desde Sócrates, han dictado los designios de la verdad y del conocimiento *apolíneo*, y demostrar que, al fin y al cabo, la Realidad –el Ser, la Verdad- es una *construcción social*.

La escena es muy parecida a la que protagoniza Adrián Leverkühn en *Doktor Faustus*, y Thomas Mann la cuenta así:

“En el año 1865 Nietzsche, que entonces tenía veintiún años, cuenta a su

amigo de estudios Paul Deussen –el que luego sería famoso sanscritista e investigador del Vedanta- una historia extraña. El joven había hecho solo una excursión a Colonia y había contratado allí los servicios de un criado para que le enseñase las cosas dignas de ver que hubiera en la ciudad. Esto dura toda la tarde, y al final, ya al anochecer, Nietzsche pide a su guía que le enseñe un restaurante recomendable. Pero aquel tipo, que para mí ha asumido la figura de un mensajero siniestro, lo conduce a una casa de prostitución. El adolescente, un adolescente que era puro como una muchacha, un adolescente que era todo espíritu, todo erudición, todo timidez piadosa, se ve rodeado de pronto, así dice él mismo, por una media docena de figuras vestidas con lentejuelas y con gasas, que clavan en él sus ojos llenos de expectación. Atravesando por en medio de ellas aquel joven músico, filólogo y venerador de Schopenhauer, camina instintivamente hacia un piano que advierte en el fondo del diabólico salón y en el que él ve (son sus palabras) “el único ser dotado de alma entre aquella gente”, y toca algunos acordes. Esto elimina su hechizo, libera su estupor, y Nietzsche sale fuera a la calle, consigue huir.” Esa circunstancia produce, según Thomas Mann un “trauma”, una conmoción de tal naturaleza que “un año después de haber huido de aquella casa de Colonia Nietzsche vuelve, sin guía diabólica esta vez, a un lugar de éstos y contrae –algunos dicen que a propósito, como autopunición- aquello que desgarrará su vida, pero que también la elevaría a alturas enormes; sí, contrae aquello de lo que brotarían efectos seductores, en parte afortunados y en parte fatales, sobre toda una época.”

Si acudimos a *Doktor Faustus*, entenderemos con mayor profundidad lo que Thomas Mann sugiere con esta tesis. Adrián Leverkühn vive la misma experiencia (“aventura grotesca y farsa insigne”) que Nietzsche, contada por el mismo autor. El mismo día que llegó a Leipzig (Nínive) recorrió casi toda la ciudad guiado por el mensajero que había ido a buscarle a la estación. Cuando se hizo de noche y se vaciaron las calles pidió al guía que le llevara a un lugar donde pudiera comer. El “maldito guía” le condujo a un lupanar donde se vio rodeado por seis o siete ninfas “o hijas del desierto”, “apariciones mórficas, mariposas, esmeraldas, escasamente vestidas, transparentemente vestidas, como envueltas en tules y gasas y lentejuelas”, mirándole con ojos de lujuria: “Veo de pronto ante mí, abierto, un piano, un amigo, sobre el cual, a través de la sala alfombrada, me precipité y sin sentarme siquiera ataqué tres acordes. No pensé entonces en lo que hacía, pero recordé perfectamente, después, que aquellos acordes eran los mismos que figuran en la plegaria del ermitaño del “Cazador Furtivo” de Weber, cuando entran en el acompañamiento timbales, oboes y trompetas. Vino a colocarse entonces a mi lado una morenita de ojos rasgados, nariz achatada y boca carnosa, Esmeralda,

vestida con una chaquetilla española, y con su brazo desnudo me acarició la mejilla. Doy media vuelta, aparto con la rodilla el taburete, atravieso de nuevo aquel infierno de la lujuria, paso junto a la patrona, y abriendo la puerta me precipito a la calle. Tan rápidamente bajé la escalera que ni siquiera puse la mano sobre el pasamanos de latón de la barandilla.” Así confiesa él mismo a su amigo Serenus Zeitblom, en una carta, su primera aproximación al mal, y éste añade: “La altivez espiritual había recibido el choque del impulso puramente carnal. Adrián no podía dejar de volver al lugar adonde le condujo el Tentador”. Y, como Nietzsche, entregó su alma al Diablo: “Así nos las arreglamos, astuciosamente, para que cayeras en nuestros brazos. Hablo de mis diminutos, de Esmeralda, del contagio, de la iluminación, del afrodisíaco cerebral, de todo cuanto pedían con desesperado fervor tu cuerpo, tu alma y tu inteligencia [...] Estamos en trato y nos liga un contrato. Con tu propia sangre te has comprometido con nosotros y has recibido nuestro bautismo.”

El Diablo, a su vez, justifica la transacción: “la enfermedad creadora, dispensadora del genio, la enfermedad que, montada en su cabalgadura, absorbe los obstáculos y, en atrevido galope, salta de un borde a otro los barrancos, es mil veces más agradable a la vida que una salud que va arrastrando los pies. Hay quien afirma que de los enfermos sólo pueden venir dolencias. Nunca oí mayor estupidez. La vida no es melindrosa y de la moral lo ignora todo. La vida se apodera del producto de la enfermedad, lo engulle, lo digiere y esto basta para convertir la dolencia en salud. Ante el hecho de la eficacia vital, las diferencias entre salud y enfermedad desaparecen. Un rebaño, una generación de hombres fundamentalmente sanos a partir de su concepción, se apoya en la obra del genio enfermo, en la genialidad enfermiza, le rinde homenaje, la admira, la exalta, la arrastra consigo, se confunde con ella y la lega a la cultura, que no sólo vive de pan sino que necesita también las pócimas y venenos de la farmacia del Mensajero Salvador.” En el lado oscuro se encuentra esa verdad escondida más allá de la objetividad con que ha uncido el hombre su propio mundo, el Diablo comienza a enseñarle a Adrián a desprenderse de sus prejuicios para llegar a lo más alto: “Cristalizaciones, espontáneas o provocadas con almidón, azúcar y celulosa –naturales las unas como las otras, y está por ver dónde es más admirable la naturaleza. Tu inclinación hacia lo objetivo, amigo, hacia la llamada verdad, y a considerar lo subjetivo, la pura aventura interna, como algo sin valor, es aburguesada y debieras superarla. Tú me ves, por lo tanto yo soy tú. ¿Vale la pena de preguntar si existo en realidad? ¿Qué es, en suma, la realidad y por qué no han de ser verdaderos la aventura interna y el sentimiento? Lo que te eleva, lo que aumenta tu sensación de energía, de fuerza y de dominio, esto es la verdad, ¡qué demonio! –aunque fuera diez veces

mentira visto desde el ángulo de la virtud. Quiero decir que una mentira que estimula la energía creadora puede fácilmente resistir la comparación con cualquier verdad honesta y esterilizadora." Y Thomas Mann se pregunta: "¿Qué fue lo que empujó a Nietzsche hacia lugares intransitables, qué fue lo que le empujó con sus latigazos a dirigirse entre tormentos hacia tales lugares y le hizo morir muerte de mártir en la cruz del pensamiento? Su destino; y su destino fue su genio. Pero su genio tiene también otro nombre, y ese nombre es: enfermedad."

Puede resultar paradójico, pero el relativismo de Protágoras-Nietzsche coincide con el monismo metafísico de Parménides, puesto que, como él, se considera que todas nuestras certezas, todo aquello que consideramos la Verdad, es el no-ser, apariencia, engaño, convención "burguesa". ¿Puede darse al margen de los hombres la verdad? Imposible. Pero como dice Bueno, "el hombre es el ser mensurante de todas las cosas, pero no es la medida de todas las cosas". Las consecuencias abundantísimas que se derivan de este planteamiento no pueden ser recogidas en un artículo de estas dimensiones. Baste decir que se trata de una propuesta gnoseológica que derrumba el relativismo ingenioso y audaz que invadió parte del siglo XX en teoría de la ciencia, mientras chocaba ostensible y clamoroso con una realidad material que se resiste a ser acotada en semejantes arabescos. Puesto que incluso cuando hubiera algún modo de determinar la verdad "para sí" de los hombres, por ejemplo, en el caso de Kant, postulando esas condiciones trascendentales del conocimiento, seguiríamos presos de ese dualismo en el que todo lo que conoce el hombre es aquello que Kant llama el "fenómeno", frente a la realidad *en sí* que, por resultar incognoscible para el hombre, (puesto que todo se presenta en el hombre bajo las condiciones de posibilidad de su conocimiento, esto es, como fenómeno), Kant la "noúmeno", aquello que está más allá de nuestra experiencia posible. Y sentencia Nietzsche: "La cosa en sí (esto sería justamente la verdad pura y sin consecuencias) es también totalmente inaprehensible y en absoluto deseable para el creador del lenguaje". Ese creador del lenguaje sería nuestro genio maligno.

6

¿Es el opio del pueblo, o el opio para el pueblo? ¿La religión es un autoengaño, o el engaño que una clase social ejerce sobre otra? Cuando Napoleón decía "un cura me ahorra cien gendarmes" admite esta función de dominación por la mentira. Pero Napoleón conoce la verdad. Marx

llegó a postular la revolución social como único camino para liberar al hombre de una conciencia falsa, de una enajenación consustancial a la sociedad. Despojar la verdad de los velos que la ocultan sólo es posible cambiando la realidad. Su *reforma del entendimiento*, aquella a través de la cual será posible el verdadero conocimiento tal y como los hombres llevan buscándolo e indagándolo desde Sócrates -como dice Nietzsche-, pasa por la transformación de la realidad: la verdadera historia del hombre.

Pero ahora ¿cómo sabe el proletariado que es la clase elegida, llamada a alcanzar la dictadura que le conducirá al Socialismo? Si su conciencia está alienada, confundida y ofuscada por la ideología burguesa, que también atenaza al burgués haciéndole creer que es mejor que aquellos a quienes explota, y de los que extrae su riqueza, ¿de dónde sale el desvelador de la mentira? “Vivimos una mentira interpretada por los filósofos como verdad, pero de lo que se trata es de cambiarla”. Los filósofos son ejecutantes legitimadores de la ideología que legitima una realidad injusta y falsa. A la pregunta anterior se dirá: “es que si no sabe que es la clase que está llamada a transformar el Mundo, no es el Proletariado”.

Veamos cómo lo dice Eugenio Trías en un libro, *La Filosofía y su sombra*, que es lectura obligada ante el tema de la mentira:

“El sujeto humano debe hallarse en condiciones de comprender su propia realidad humana. Y esa posición sólo se alcanza cuando en la sociedad aparece una “clase” cuya vocación sea la supresión de todas las clases y parcelas de la humanidad, cuando una clase está llamada a suprimir la fragmentación misma de los hombres en clases, identificándose al fin con la “humanidad”, reapropiándose de la esencia alienada del hombre. Esta clase, el proletariado, es, por su propia posición objetiva, una clase que inmediatamente está destinada a conocer la realidad y la esencia humana y social, así como a comprender la historia como un proceso unitario e inteligible. El proletariado, en la medida en que es una clase llamada a suprimir las clases, se halla por su propia condición objetiva destinada a un conocimiento adecuado de la realidad socio-humana. Su conciencia corresponde con la esencia. El momento subjetivo y el objetivo coinciden. La teoría es, al fin, praxis. El conocimiento es inmediatamente transformación revolucionaria. El proletariado es así vocación de humanidad, en la cual se han eliminado todas las dicotomías que escindían la totalidad humana: teoría y praxis, conciencia y ser, sujeto y objeto, etc. La dialéctica es así el método correspondiente al

proletariado.”

Está claro, pues, que en el proletariado está la verdad, y por tanto la emancipación. Pero no sabemos por qué. En la discusión entre Lenin y Bogdanov acerca de la posibilidad de entender la ciencia como burguesa o proletaria, Lenin apuesta por la comprensión de la ciencia como fuerza productiva, tal y como aparece en el capítulo XIII del Primer Tomo de *El Capital*, de otro modo el conocimiento quedaría suspendido en el relativismo. Igualmente Stalin, frente a Marr, defiende el carácter estructural del idioma ruso, frente a su interpretación sociologista, como idioma de la burguesía y, por tanto, fuente de falsa conciencia y dominación. En todo caso, nuevamente, la dualidad metafísica separa un mundo enajenado, aquel en el que se dirime la prehistoria de la Humanidad, una prehistoria que lo es porque el hombre todavía no ha alcanzado su condición de tal, puesto que vive explotando o siendo explotado en la lucha de clases, y el mundo que sería posible considerar como el verdadero, aquel en el que el hombre por fin vive como tal, ese mundo que se abre a partir de la revolución que instaura la historia de la Humanidad.

Cabría decir que el dualismo metafísico que sostiene la contraposición entre Verdad y Mentira como expresión del Ser y del No-Ser, Realidad y Apariencia, estará vinculado a posiciones filosóficas que transitan al menos por estos parámetros: el dualismo metafísico Sujeto-Objeto, propio de una Epistemología no crítica, y la concepción dualista de la causalidad que conduce necesariamente a la ruptura del principio de *symploké* y a postular que, por así decir, “todo está relacionado con todo” (son las argumentaciones que todo el mundo recuerda al estudiar las cinco vías del filósofo medieval cristiano santo Tomás de Aquino). Porque sólo desde un enfoque semejante cabe entender la falsa conciencia como una etapa de la humanidad, al tiempo que la revolución se presenta como una especie de *Deus ex machina* que viene a transformarlo todo. Si bien esta doctrina metafísica acaba postulando la revolución como una especie de *ekpirosis* bíblica, y único modo escatológico de transformación, el propio advenimiento de la revolución no puede ser explicado sin romper con esa concepción metafísica de la conciencia, y necesita introducir la aparición de un agente que “sabe el camino”, el Nietzsche iluminado por la locura producida por la sífilis o el proletariado iluminado por la explotación, cuyo líder puede preguntarse ¿libertad, para qué?, o el esclavo que sin saber cómo ni por qué se libera y sale de la caverna para volver a inmolarse entre los suyos; en definitiva, una especie de chivo expiatorio según la tesis de Girard.

7

Pero este dualismo se puede recorrer, al menos, en dos sentidos: uno, el que corresponde a la idea del progreso, entendido como salvación, que es la idea arraigada en la tradición marxista que aspira al fin de la historia, (o al menos al fin de la prehistoria), en el sentido que le dio Francis Fukuyama con otro modelo bien distinto, porque Fukuyama proyectaba el fin de la historia como la edad nacida de la caída de la URSS; y otro, de estirpe roussoniana, que se entiende como degeneración. En este segundo sentido, abandonamos el bien y vamos camino del mal, como aquel antiguo mito de las edades que cuenta Hesíodo en la *Los trabajos y los días* (106-201), o el mito de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso en el *Génesis*.

Hubo en los primeros tiempos una dorada estirpe de hombres mortales, vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatigas ni miseria, y, sin vejez, morían sumidos en un sueño. Esta raza fue sustituida por otra estirpe mucho peor, de plata, que vivía poco tiempo y llena de sufrimientos a causa de su ignorancia, envuelta en la violencia y ajena al culto a los dioses. Zeus la sustituyó por la estirpe de los hombres de voz articulada, de bronce, surgida del fresno, terrible y vigorosa, sólo interesados en las obras de Ares y los actos de soberbia, con un corazón de metal. Estos fueron destruidos por sus propias manos y en su lugar puso Zeus la estirpe de los héroes, semidioses, que nos precedió sobre la tierra sin límites; viven ahora en las Islas de los Afortunados, junto al Océano. “Y luego, ya no hubiera querido estar yo –dice Hesíodo- entre los hombres de la quinta generación, sino haber muerto antes o haber nacido después. Pues ahora es cuando existe la estirpe de hierro. Nunca durante el día van a estar sus hombres exentos de fatigas ni tampoco durante la noche dejarán de ser aniquilados, sino que los dioses les procurarán ásperas preocupaciones. No obstante, también se mezclarán alegrías con sus males.”

En esta estirpe, condenada a degenerar terriblemente “Ningún premio recibirá el que cumpla su palabra ni tampoco el justo ni el honrado, sino que tendrán en más consideración al malhechor y honrarán como un hombre a la violencia. La justicia estará en la fuerza de sus manos y no existirá el pudor. El malvado tratará de perjudicar al varón más virtuoso con frases retorcidas y, encima, se valdrá del juramento. La envidia murmuradora, repugnante y que disfruta con los males ajenos,

acompañará a los miserables.” Y, con el tiempo, “a los mortales sólo les quedarán amargos sufrimientos y ya no existirá ningún remedio para el mal.” Este panorama sombrío me recuerda a la película *Hijos de los hombres*, de Alfonso Cuarón (EEUU, 2006). La versión de Ovidio de este mito en *Las Metamorfosis* dice que en la Edad de hierro la verdad, la modestia y la lealtad han desaparecido: es la era de la posverdad.

Según este dualismo metafísico, la posverdad sería simplemente el advenimiento de una era, una etapa que sucede a una supuesta etapa anterior, que tendrá que ser considerada como etapa de la verdad. La posverdad vendría a ser una época de apariencias, frente a una anterior etapa de realidad, una realidad que ahora habría sido ocultada. Giovanni Sartori en su libro *Homo videns. La sociedad teledirigida*, ejercía claramente ese dualismo en el que el Futuro se presenta como una edad marcada por un nuevo tipo de hombre, el *homo videns*, manipulado y dirigido por el mundo de las telepantallas, sometido al control de los mensajes audiovisuales. Si Marx postulaba la revolución socialista para emancipar la conciencia humana de su estado de falsa conciencia, Sartori anuncia que “la revolución multimedia está transformando al *homo sapiens*, producto de la cultura escrita, por el *homo videns*, para el cual la palabra ha sido destronada por la imagen”. El hombre ha dejado de pensar, para dedicarse meramente a ver (como aquellos hombrecillos de la película de Pixar, *Wall-e*, de Andrew Stanton (EEUU, 2008), en la que los seres humanos, transportados en naves dispuestas con todos los lujos, pasan la vida mirando pantallas cómodamente apoltronados en hamacas mientras navegan sin fin por el espacio infinito, esperando regresar a la Tierra.

La era del “ver” frente al “pensar”, de la imagen frente al libro, de Internet frente a la Imprenta, ha derivado en consideraciones relacionadas con la posible degeneración intelectual de la humanidad, como se ha señalado en algunos medios de modo recurrente. Por ejemplo, en la sensacionalista y amarillista cadena La Sexta encontramos el siguiente titular el día 12 de febrero de 2020 (antes de la pandemia): “La tecnología nos atrofia: los humanos somos menos inteligentes que hace un siglo” y sigue con lo siguiente: “Los humanos estamos involucionando. Es decir, somos cada vez menos inteligentes según la ciencia, que demuestra que la evolución intelectual duró hasta finales del siglo XX. A partir de entonces el coeficiente [sic] intelectual no ha dejado de caer”. Ahí se quedan, tan campantes, después de meter una trola de gran calibre, como si nada. Y si uno repasa un poco la prensa verá que el asunto se trata profusamente: “las nuevas tecnologías hacen descender el coeficiente intelectual”, “las

nuevas tecnologías nos hacen analfabetos funcionales”, “Internet está matando nuestra memoria”, etc.

Desde esta perspectiva, es razonable pensar en la era de la posverdad como una era determinada por la degradación irreversible de la inteligencia humana, así en general, de manera que resultará posible que “la gente”, se dirá, sea capaz de tragarse cualquier mentira, cualquier relato, cualquier historia. Una era en la que todos estaremos más predispuestos a creer cualquier cosa que se nos ponga por delante, incluidas, supongo, aquellas narraciones que antes de la conformación de la Historia como ciencia, insinuaban la presencia de entes operatorios no humanos interviniendo en los asuntos históricos, como los relatos que atribuyen la creación de las pirámides de Egipto a seres extraterrestres (recuerdo en una ocasión en mis clases en la Universidad, cuando una alumna de segundo de carrera nos presentó un trabajo en el que defendía sin ningún género de duda la posibilidad de que agentes extraterrestres estuvieran detrás de la construcción de las pirámides de Egipto). Con más razón, la posverdad será una nueva era en la que todo parece voluble y cambiante, todo, incluso la propia historia que se modifica, como ocurría en el *Miniver* de la novela de Orwell, 1984.

8

Recientemente hemos tenido una prueba contundente de la maleabilidad de la realidad pasada, presente y futura. El día 27 de mayo asistimos a un fenómeno extraño pero esperable: a consecuencia de la acusación por parte de la diputada española del Partido Popular, Cayetana Álvarez de Toledo, de que el señor vicepresidente segundo del Gobierno de España, P. Iglesias es hijo, decía, “de un terrorista”, porque su padre había militado, según la diputada –algo que al parecer el señor vicepresidente segundo habría admitido en un artículo de prensa en 2012-, en el grupo terrorista conocido como FRAP, se produjo lo que el período *El Independiente*, el día 27 de mayo, ha titulado así “Guerra de ediciones: la página del FRAP en *Wikipedia* sufre 28 cambios en seis horas”. Las diversas ediciones realizadas durante ese día pretendían modificar, eliminar, o mantener, según el periódico, “la frase que definía al grupo como “organización terrorista”. Es cierto que no se pueden borrar todos los datos ni cambiarlos a discreción como si fuéramos agentes del *Ministerio del Tiempo*, pero *Wikipedia* es lo más leído hoy por hoy por cualquiera que precise una mínima información sobre cualquier asunto (“Fortunata y Jacinta” la llama “*Vulgopedia*”); de hecho, la mayor parte de las visitas a través de Google eran a *Wikipedia*,

donde muchos usuarios pueden editar y modificar los contenidos que allí se ofrecen. Habría que preguntarle a Heráclito si cuando afirma "Todo cambia" se refiere también al pasado, ¿el Todo se refiere también al pasado, a lo ya sucedido, a aquello que ya no puede ser modificado? Se dice que la Historia la escriben los vencedores, aunque no recoja lo que esos vencedores tuvieron que hacer o aquello a lo que tuvieron que renunciar para conseguir la victoria. En todo caso, esta virtualidad de tomar Internet como primer paso para alcanzar una opinión conduce a un *presentismo* espectacular. Pero el mismo fenómeno indica que se trata de una batalla sectaria por el relato.

No obstante, si la historia está sometida ahora al cambio, entonces no serán ya los vencedores de cada momento los que la escriban, sino aquellos que están venciendo actualmente, y los que los vencerán a ellos más adelante, de modo que esa aseveración deja en suspenso cualquier conocimiento histórico, porque, de momento, y, por ahora, nunca hay victorias totales y definitivas, y toda victoria es premonición de una derrota. El revisionismo en la historia es recurrente y él mismo queda consignado en la historia de los revisionismos sobre acontecimientos históricos. Así, por ejemplo, el triunfo del relato de la llamada "leyenda negra" antiespañola vendría aparejado con la decadencia y derrota del Imperio español, articulado y aprovechado ahora en medio de los conflictos que se dan entre los Estados, dentro y fuera de la Unión Europea. Precisamente en torno a este asunto ha tenido lugar una de los debates gnoseológicos más interesantes con respecto a la ciencia de la historia de España. Me refiero al debate entre Elvira Roca Barea y José Luís Villacañas, en torno al libro de esta autora, *Imperiofobia y leyenda negra*, (Siruela, Madrid 2016), que ya lleva más de 25 ediciones y cuyo éxito motivó que José Luís Villacañas contraatacara con un ensayo titulado *Imperiofilia y el populismo nacionalcatólico. Desmontando Imperiofobia, el ensayo español más vendido de los últimos tiempos*, Lengua de trapo, 2019. No cabe duda de que, a corto plazo, el ganador de este debate será Villacañas, porque su ideología goza del viento a favor de la política que contra España se ejerce desde las instituciones públicas españolas, pero, a largo plazo, entiendo que Elvira Roca Barea arrollará a Villacañas por haberse sometido al rigor histórico sin miramientos (aquello que decía Hannah Arendt: "la libertad de opinión es una farsa si no se garantiza la información objetiva y no se aceptan los hechos mismos"). De ahí procede, creo yo, esa reacción airada e impotente de la ideología dominante en la España del "régimen del 78". Lástima que la victoria de Elvira Roca Barea sea seguramente sólo en el terreno de la ciencia, cuando ya España haya sido derrotada por sus enemigos en la arena política de la dialéctica de estados. Muchos de los disidentes soviéticos, cuando vieron en qué se

convertía su patria socialista una vez conseguido el fin irreparable de la URSS, entonaron un *mea culpa* lamentable e impotente, como el arrepentido filósofo Zinoviev, que escribió un libro muy triste, cargado de ironía amarga, de alguien que no entiende ni puede creer que aquello por lo que luchaba se hubiera convertido en aquella Rusia de Yeltsin, junto con el resto de las repúblicas ex-soviéticas. El caso de Limónov (Eduard Veniamínovich Savenko) que ha muerto precisamente este año, es significativo. Limonov, disidente soviético, homosexual, *enfant terrible*, escritor de moda en EEUU, volvió a Moscú después de la caída de la URSS y quedó horrorizado, acabó creando el partido nacional bolchevique, luchó con los serbios en la guerra civil de Yugoslavia y dedicó sus últimos años a luchar contra Putin.

Villacañas considera imposible hacer historia con objetividad, además de inútil, y defiende que la ciencia de la historia debe estar al servicio de los actuales fines políticos. Así lo desveló en una entrevista realizada en Radio Nacional, a cuenta de su libro, en el espacio radiofónico de Carlos Guerrero Martínez, *La Historia de cada día*, concretamente en el programa titulado “José Luís Villacañas refuta “Imperiofobia y leyenda negra”, emitido el día 22 de Junio de 2019. Dice:

“Porque se escribe la historia como se hace la política. Si escribo la historia de nuestras relaciones con América es porque voy orientado a facilitar una política con nuestros hermanos hispanoamericanos o latinoamericanos. Y, por lo tanto, es ese interés lo que me obligará a tomar distancias, a reconocer las cosas, a no ofender, a no estar en condiciones de llevar siempre razón. Ha habido herencia positiva, naturalmente, los españoles habíamos fundado 500 ciudades en un siglo en América, esto es una herencia positiva en América, pero no debemos olvidar que, al tiempo de eso, produjimos hecatombes terribles. Y, lo más importante, que hubo traumas poblacionales, a veces producidos por nuestra actitud, a veces producidos en contra de nuestra voluntad, pero que significaron traumas en esos pueblos. Y yo creo que la manera de organizar el pasado, en cierto modo, es un compromiso a la manera en que queremos movernos en el presente. Si yo no quiero asumir el régimen de castas, el régimen racial, el régimen de subalternidad indigenista que todavía se da en América, yo tengo que decir que no estoy de acuerdo con la forma de ordenación poblacional que hicieron los españoles en su día, porque es una herencia, el régimen racial de América es una herencia de la forma en que se organizó la población por parte de los españoles.”

¿Por qué los datos históricos analizados por Elvira Roca necesariamente deben conducir a estropear las relaciones con Hispanoamérica? Al menos Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*, se atrevió a analizar los efectos destructivos de los procesos de independencia de los países hispanoamericanos y la nefasta política imperial estadounidense durante el final de siglo XIX y todo el siglo XX. ¿Y por qué tenemos que seguir asumiendo falsedades de bulto, como las propuestas por Todorov en su ensayo *El descubrimiento de América*, al que además le dimos en España el premio Príncipe de Asturias de la concordia? Esas falsedades, es cierto, sirven para mantener un *statu quo*, pero no necesariamente son preferibles a otras que, seguramente ayudarían mucho más a restablecer, fortalecer y afianzar los lazos que nos unen a Hispanoamérica. Así, por ejemplo, una buena película, que retuerce los datos históricos al servicio de la leyenda negra, como *La Misión*, de Joffé (Gran Bretaña, 1986), es preferible como *verdad histórica* a una reconstrucción crítica de los mismos hechos realizada por un historiador avezado, como, por ejemplo, Pablo Hernández.

Para Villacañas, el libro de Roca Barea es un instrumento al servicio del “populismo nacionalcatólico” porque la ciencia de la historia consiste en la creación de un relato que contribuya a los fines políticos de los tiempos presentes. También, en el debate, la cuestión de “lo científico” actúa como un valor que ayuda a legitimar según qué relatos, pero si renunciamos al carácter gnoseológico de la ciencia de la historia, y en qué consiste la conformación de las verdades históricas, el debate se mantendrá solamente en el horizonte de la “*convictio*”, es decir, de la persuasión sofisticada, cuya forma de operar, como ya señalaba Platón en el *Gorgias*, consiste en adular al receptor. Y la Historia vendría a ser para los españoles como para la salud humana la “Culinaria”, frente a la Medicina, según la comparación de Sócrates. El debate entre historiadores sería lo más parecido al que ejercitaban, por ejemplo, los autores cristianos de la antigüedad, cuando defendían la supremacía del Dios cristiano frente a los dioses paganos. Al fin y al cabo, los dioses paganos tienen, todos, un origen definido, como prolíficamente relatan los mitos, de manera que siempre será superior el Dios cristiano, que es eterno. Los dioses paganos son “trozos de madera”, meras estatuas, como ahora las banderas son trapos, etc. Así, por ejemplo, Minucio Félix, refiriéndose a las religiones mitológicas, dice:

“Estas fábulas y errores, no solamente las aprendemos de nuestros ignorantes padres, sino, lo que es mucho peor, trabajamos en ellas en nuestros estudios y enseñanzas, sobre todo en la lectura de los poetas, los

cuales, apoyándose en su autoridad, han hecho un enorme daño a la verdad. Por eso Platón, con toda justicia, echó de la ciudad que él construía en su diálogo a ese famoso, coronado y alabado poeta llamado Homero. Y es que es él sobre todo el que, al escribir sobre la guerra de Troya, ha pintado a vuestros dioses –bien es verdad que en composiciones lúdicas- mezclados en asuntos humanos; es él el que los ha emparejado con los hombres, el que ha representado a Venus herida, y el que ha descrito a Marte encadenado, herido y en fuga. Es él el que habla de Júpiter liberado por Briareo, para que no fuese encadenado por los otros dioses; de Júpiter llorando con lágrimas de sangre por su hijo Sarpedón, porque éste no podía escapar de la muerte; de Júpiter, encandilado por la cintura de Venus, abrazarse a su esposa Juno con más ardor que lo hacía con las adúlteras. Otras veces se ve a Hércules sacar el estiércol y a Apolo apacentar el ganado de Admeto. Neptuno, por su parte, levantó unos muros para Laomedonte, pero no recibió, infeliz constructor, ningún pago por su trabajo. En otro lugar se ve cómo se fabrican en un yunque el rayo de Júpiter y las armas de Aneas, cuando el cielo, los rayos y los relámpagos existían ya mucho antes de que naciera Júpiter en Creta y cuando ni el propio Cíclope pudo reproducir las llamas del auténtico rayo ni Júpiter mismo dejar de tenerlas.”

Dentro de los conflictos entre religiones diferentes, se apela a tramos racionales, ciertamente, que permiten ejercer la crítica contra el enemigo, pero retorciendo las razones a todo pasto. El reduccionismo sociológico de Villacañas no deja de ser la expresión misma de la voluntad de poder nietzscheana, la voluntad de la renuncia a la verdad, en sentido gnoseológico, en la Historia, para afirmar la verdad subjetiva, como decía el diablo del *Doktor Faustus*. Pero dejaré este debate para otro artículo necesario.

En todo caso, según lo que estamos comentando, épocas de posverdad, es decir, épocas de ignorancia y de disposición favorable a la manipulación, el engaño y la dominación, no ha habido pocas en la historia de los pueblos, sino, más bien, muchas y, en este sentido, la nuestra tampoco sería una excepción. Al contrario, frente a otras épocas, nunca hubo una era tal en la que los hombres tuvieran un mayor y más inmediato acceso a todas las fuentes de información imaginables, de manera que esas alarmas por la reducción de la inteligencia en la humanidad parecen más un chiste que un argumento que pueda tomarse en serio.

No hay posverdad sin infodemias

9

Se dice que el término “posverdad” habría sido acuñado por el bloguero David Roberts, en un blog para la revista electrónica *Grist*, el 1 de abril de 2010, donde la define como “una cultura política en la que la política (la opinión pública y la narrativa de los medios de comunicación) se han vuelto casi totalmente desconectadas de la política pública (la sustancia de lo que se legisla)”. Sin embargo, ya en 1992, Steve Tesich había acuñado el término, en un artículo en el que trataba sobre el escándalo Watergate, el escándalo de Irán-contra, y la guerra del Golfo. Decía: “Nosotros, como pueblo libre, hemos decidido libremente que queremos vivir en algún mundo de posverdad”. Aparece también como título del libro de Ralph Keyes, *The Post-truth era: dishonesty and deception in contemporary life*, publicado en 2004, el mismo año en que el periodista estadounidense Eric Alterman denunciaba el “ambiente político de posverdad”, en relación con las declaraciones de George Bush, con relación a los atentados del 11 de septiembre de 2001. Incluso, ese mismo año, el escritor Colin Crouch utilizó la expresión postdemocracia en su libro *Post-democracy*, haciendo referencia a la situación en que queda la democracia cuando está regulada por estrategias de persuasión, manipulación y propaganda, por el uso del engaño. Al parecer, el diccionario inglés *Oxford* declaró la expresión “post-truth” como la palabra internacional del año 2016. (Todos estos datos están tomados de la entrada de *Wikipedia* sobre “Posverdad” en español.) La palabra ha tenido mucho éxito, y alcanzó momentos de gloria en el año 2017, después de que la consejera del presidente Trump, Kellyanne Conway, usara la expresión, “hechos alternativos”, en una entrevista, en el programa de noticias *Meet the Press*, el 22 de enero de 2017, en la que quiso defender las declaraciones del Secretario de Prensa de la Casa Blanca que, supuestamente, mentían acerca del número de asistentes a la investidura presidencial de Trump. También ha sido muy manejada en la actual pandemia del COVID-19.

Ahora bien, por lo que venimos diciendo, está claro que posverdad pretende ser, ante todo, una categoría de carácter histórico, o sociológico, el nombre de una era: la era de la posverdad -como se decía en un libro conjunto editado en España ya en el 2017. Por ello yo diría que *no hay posverdad sin infodemias*, es decir, la era de la posverdad debería estar construida a partir, no solo de mentiras, sino de epidemias de

mentiras. De hecho, aunque su uso había quedado un poco arrinconado (extrañamente sólo el 30 de mayo de 2020 apareció por primera vez su entrada en *Wikipedia*), la palabra infodemia parece que ha vuelto a estar de moda. Yo la encontré, por primera vez, en un artículo de Xavier Salá titulado “Creadores de infodemias”, del año 2005. El artículo evoca rápidamente el título en español de aquella película de Roland Joffé, protagonizada por Paul Newman, *Los creadores de sombras*, (EEUU, 1989), que narra la historia de la fabricación de las primeras bombas atómicas, en el marco del conocido *Proyecto Manhattan*. La palabra no arraigó mucho entonces, pero este año, con la pandemia, ha vuelto a utilizarse. Incluso la OMS usó el término para referirse a la pandemia y, últimamente, ha aparecido para denunciar la epidemia informativa que se ha generado alrededor de nuestra pandemia vírica.

10

El día 22 de abril, la Agencia Efe publicaba un artículo titulado “De la pandemia a la infodemia: ¿quién está detrás de los bulos contagiosos?” en *eldiario.es*. Un pequeño comentario acerca de los bulos, empaquetado como noticia y difundido por la Agencia Efe no resulta muy tranquilizador. Vamos a darle un pequeño repaso. El artículo cita a un “experto en infodemias” llamado Alexandre López-Borrull, que es profesor de la Universidad privada UOC, para que haga un perfil de las personas que crean o distribuyen desinformación. La idea que ofrece es que los líderes de los partidos no siembran directamente los bulos, pero animan a la duda para que sus seguidores den el paso siguiente, siempre con el fin de estigmatizar a algún sector de la sociedad. Ahora viene el ejemplo: “los inmigrantes”. El ejemplo aduce que estos políticos que siembran las dudas que luego son aprovechadas por sus seguidores conducían hasta ahora a asociar a los inmigrantes con terroristas y, en la actualidad, dice el artículo, con la enfermedad. Es obvio que el artículo forma parte de aquello que denuncia. Siembra dudas sobre algún partido que siembra dudas sobre la vinculación de los inmigrantes con el terrorismo o la enfermedad, y ahí lo deja. De modo que el artículo de la Agencia Efe también siembra dudas acerca de esos partidos (que no se nombran, pero que todo el mundo conoce). Esas dudas ya animarán a otros a dar un paso más y llenar de bulos las redes sociales contra ese partido. Pero sigamos leyendo.

El experto profesor de la Universidad privada española, UOC, apunta después a los “conspiranoicos”. Digo yo que con solo usar esta expresión ya ha desautorizado a todos los que va a describir posteriormente. Es decir,

no hay absolutamente ningún argumento válido en aquel o aquellos que pongan en duda la posibilidad de que acaso la actual pandemia pudiera tener un origen humano, político, o científico, es decir, que responda a algún tipo de plan. Todos quedan desautorizados por el apelativo: "conspiranoicos". Nada más que añadir. Dice de ellos que se montan sus verdades, "se creen sus relatos alternativos", como si el propio experto no se estuviera inventando su relato. De hecho lo está haciendo, porque no va a gastar ni un minuto de su tiempo en analizar los argumentos disponibles. ¿No es eso también una infodemia? ¿No es acaso una infodemia publicar apelando a un experto que todo aquello que ese experto califica como "conspiranoico" es necesariamente desechable por definición? ¿Qué fuerza de convicción tiene lo que dice? Ninguna. Salvo la agencia que le avala. Por ejemplo, en medio de la pandemia, Antonio Martínez Belchí publicó en el diario *El Manifiesto.com*, una reflexión muy interesante sobre las conspiraciones: "El Covid-19 y el problema de la verdad". En él reflexiona con mucho interés acerca de las posibles hipótesis, digamos conspirativas (no conspiranoicas, porque no toda teoría conspirativa es necesariamente fruto de una paranoia).

11

Podría decirse que los "conspiranoicos" siempre tienen el viento en contra (no hay más que echarle un vistazo a las mofas que han provocado las recientes declaraciones del famoso cantante español Miguel Bosé). ¿Tiene sentido que cualquier persona en los tiempos actuales considere acaso la posibilidad de que en algún sentido esta tragedia de la pandemia pudiera estar conformada por algún grupo de interés, Estado u organización supranacional, como en muchos casos se ha argumentado? Pero la historia nunca sigue el camino establecido por ningún plan prefijado de antemano, de manera que aunque pudiera ocurrir que efectivamente estuviera detrás de esta tragedia el interés de algún grupo o de algún Estado, organizaciones benéficas mundialistas, etc., esos planes nunca alcanzarán una realización plena, porque inevitablemente chocarán con los fines y los intereses de otros grupos y de otros Estados. Una filosofía de la historia materialista tiene que contemplar siempre el conflicto de intereses, fines, planes y programas, y el hecho de que el camino tortuoso de la historia es más una resultancia objetiva al estilo de la resultante de un par de fuerzas, que el camino prefijado por una mente previsor y omnisciente; salvo que existiera esa mente omnisciente capaz de predecir cualquier respuesta de cualquier grado, provenga de donde provenga. Ni siquiera las máquinas de *Matrix* pudieron evitar que los hombres destruyeran la atmósfera y provocaran una especie de invierno nuclear, o que los

rebeldes encontraran a Neo. Como decía Engels, en *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*: “Los hombres hacen su historia, cualesquiera que sean los rumbos de ésta, al perseguir cada cual sus fines propios con la conciencia y la voluntad de lo que hacen; y la resultante de estas numerosas voluntades, proyectadas en diversas direcciones, y de su múltiple influencia sobre el mundo exterior, es precisamente la historia.” Dicho sea de paso, se puede observar cómo con esta cita, Engels coincide aquí con la crítica de Popper en su libro, *La miseria del historicismo*, de 1944.

El gran terror que se abate sobre las sociedades políticas modernas es eso que llaman los *Big Data*: La posibilidad de controlar todas las variables relativas a las posibles respuestas que los hombres pudieran dar a cualquier plan preparado a base de esos mismos *Big Data*. Es una posibilidad y se está trabajando en ello. Seguramente el 5G va en esa peligrosa dirección. Así como la Biología molecular busca alcanzar un control exhaustivo de la producción biológica, fabricando el ideal humano, como en la película de Andrew Niccol, *Gattaca* (EEUU, 1997), no es extraño que se trabaje sistemáticamente para controlar el proceso histórico sobre la base de principios de racionalidad, digamos, “científica”. Dominar la historia, someterla al primado de la razón ¿no es acaso este un ideal digno de respeto? –escribir la historia conforme al mejor de los argumentos posibles. Todos los aspectos imprevisibles que insisten en el fracaso de las ciencias humanas en su afán de alcanzar un verdadero estatuto científico serán controlados, será controlada toda disidencia, toda alternativa, el futuro estará escrito. Como cuando el señor Jensen se reúne con Howard Beale “el primer presentador de la televisión que murió porque bajó su nivel de audiencia”, tal y como se decía en la película de Sidney Lumet, *Network. Un mundo implacable* (EEUU, 1976):

“Ya no vivimos en un mundo de naciones e ideologías, señor Beale. El mundo es un colegio de corporaciones inexorablemente dirigido por los estatutos inmutables de los negocios. El mundo es un negocio, señor Beale. Lo ha sido desde que el hombre salió arrastrándose del barro, y nuestros hijos vivirán, señor Beale, para ver eso: un mundo perfecto en el que no habrá guerra ni hambre, opresión ni brutalidad; una vasta y ecuménica compañía asociada en la que todos los hombres trabajarán para servir a un beneficio común; en la que todos los hombres poseerán una cantidad de acciones; en la que se les cubrirán todas las necesidades, se les moderarán todas las ansiedades, y les divertirán para que no se aburran. Y le he elegido a usted, señor Beale, para predicar este evangelio.

—¿Por qué a mi?

—Porque sale usted en televisión, tonto.”

Si los conspiranoicos llegaran a esa conclusión y fuera cierta, de nada serviría que se hubieran dado cuenta. Su reacción estaría contemplada y controlada por el plan establecido previamente, de manera tal que los propios conspiranoicos estarían formando parte del plan, aunque en su voluntad estuviera no solamente denunciar los perversos planes de dominio de la Humanidad sino también impedirlos. Como dice Hackett, interpretado por Robert Duvall en la película *Network, un mundo implacable*, que acabamos de citar: “Todo será programado”. De modo que su predicción, si fuera verdadera, de nada serviría; pero, en cualquier otro caso, cuando la historia se comporta como todavía se comporta la historia, enfangada en su propia imprevisibilidad humana, las predicciones de los conspiranoicos, aunque fueran ciertas, sólo habrán atisbado una parte del asunto, porque los resultados históricos seguirán siendo resultancias conflictivas en las que siempre entrechocan planes e intereses contrapuestos, por lo que siempre resulta posible rebatirlos y menospreciarlos como meros “conspiranoicos”.

En definitiva, si los conspirativos acertaran de pleno, de nada serviría, y como la historia nunca se resuelve en los planes de nadie, siempre es posible rebatirlos. Sin embargo, no se puede negar que en las circunstancias actuales los partidos políticos ponen en marcha sus propios planes, los grupos internacionales tienen su propia agenda política, los gobiernos la suya, y no sería extraño que un factor como el coronavirus hubiera formado parte de las estrategias que los países, los grupos de poder enfrentados dentro de cada país, o los grupos internacionales, utilizan para llevar adelante sus propios planes. El virus, así, no sería tanto el enemigo al que hacer la guerra, sino el arma que los enemigos utilizan, aunque pueda estallarles en la cara. Todas las armas tienen sus riesgos. Y ello, incluso, si el propio virus no hubiera sido ni preparado ni propagado deliberadamente por nadie.

12

Pero, sigamos con el artículo en cuestión. Impresiona también los datos ofrecidos por otra experta investigadora del CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs), que dice que buena parte de las desinformaciones procede de arriba abajo. Dice “entre otras del gobierno de EEUU de

Donald Trump, del presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, así como de otras autoridades públicas". Donald Trump y Bolsonaro gozan, en este momento, de un impresionante desprestigio agitado por los medios de comunicación, para los cuales está claro que Trump y Bolsonaro son presidentes fallidos y nefastos. Según el artículo referido, los bulos, procedentes del entorno de Bolsonaro y Trump, se reparten a mansalva en las redes sociales. Lo lógico, pues, es lo que viene al final, terminando el argumento: "En España, la Guardia Civil solicitó hace una semana a las comandancias que evaluaran semanalmente las actuaciones de ciberseguridad vinculadas a la COVID-19, entre ellas campañas de desinformación o bulos susceptibles de generar "desafección a las instituciones del Gobierno"."

¿Qué vemos en esta conclusión? –Pues que todo el artículo, incluido el concepto de infomedia y el de conspiranóicos, está orientado a frenar, desde la Agencia Efe, la ola de críticas que suscitó la intervención del responsable de la Jefatura del Estado Mayor de la Guardia Civil, cuando afirmó, en rueda de prensa, que una de las líneas de trabajo del cuerpo es "minimizar ese clima contrario a la gestión de crisis por parte del gobierno".

El artículo no hace ninguna insinuación acerca de la conveniencia de esta actuación policial, sino que la sitúa al final, para mostrar cómo esta situación es el resultado de la presencia insidiosa de los bulos que, además, son emitidos por agendas malintencionadas, cercanas a los centros de poder de dos de los presidentes peor valorados y más maltratados por los medios de comunicación gubernamentales españoles, Bolsonaro y Trump. De manera que la infodemia ya no se sitúa en la generación de bulos por parte de agentes cercanos al poder de Trump; es el propio artículo de la Agencia Efe el que es él mismo un bulo, una construcción tendenciosa, orientada a calmar los ánimos y justificar una práctica que ha sido muy discutida en España, desde que se dio a conocer en la comparecencia pública del general José Manuel Santiago. Bulo, porque se construye con la figura de un experto, autoridad, y porque se funda en ella la razón, causa y origen de los bulos, así como su finalidad. Podría decirse que la intención del artículo es denunciar que la Guardia civil tiene que afrontar esta tarea porque, en el fondo, los bulos generados, "de arriba abajo", desde los centros de poder de EEUU y Brasil, están orientados a socavar el apoyo de la población española a la gestión de su gobierno. De manera que todos aquellos que son críticos con esa gestión de nuestras fuerzas de seguridad están, en realidad, amplificando acciones dirigidas contra el gobierno de España por generadores de bulos con una finalidad manifiesta.

He aquí un artículo que, denunciando una supuesta infodemia, construye y amplifica otra mayor, en la que se ampara, para justificar, finalmente, el uso que el gobierno quiere hacer de la Guardia Civil para acallar las críticas que se hagan contra el Gobierno. El artículo tiene todos los ingredientes de una noticia falsa, y, aun así, debemos aceptar que quien no crea lo que dice el artículo es presa de un engaño conducido de manera indirecta por Donald Trump. Además, apela al temor de estar siendo manipulado, y a la amenaza de que, sin querer, cualquiera pueda contribuir a la desinformación, lo que podría, en su caso, tener consecuencias penales.

13

El día 23 de Abril, en el diario ABC, se publica un artículo firmado por Nati Villanueva, titulado, «El tribunal constitucional: “El poder político no puede controlar la circulación de ideas”», en el que, tergiversando lo suyo, da la impresión de que el Tribunal Constitucional se habría pronunciado contra las declaraciones del general de la guardia civil, –que no es cierto. Lo que hace el artículo es mencionar jurisprudencia, pronunciamientos anteriores en los que se ha salvaguardado la libertad de expresión en circunstancias de opiniones flagrantemente contrarias al orden constitucional, como en los casos de apología del terrorismo. Y termina citando al catedrático de Derecho Constitucional, José Manuel Vera Santos, que dice: “O se está con la libertad de expresión o se está en contra; aquí no hay términos medios”. A su juicio, pretender censurar contenidos es un «ataque claro a los cimientos jurídicos de un Estado democrático”. Vera Santos denuncia que, a través del “palo y la zanahoria”, el Ejecutivo quiere imponer un “control ideológico amedrentando a la sociedad”.» Lo cual significa que este catedrático encuentra en dichas disposiciones una amenaza a la sociedad, pues siembra el miedo a discrepar en la opinión. Al fin y al cabo, la verdad de las informaciones que se distribuyen por las redes no está garantizada, y ninguna autoridad puede determinarla. Si el gobierno impone un control sobre los bulos, como no sabemos cuáles son ni quién los promueve, lo que ocurre es que el gobierno se convertirá en el gran dispensador de bulos “verdaderos”.

El día 19 de abril de 2020, el diario *El País* publica un artículo titulado «La pandemia se convierte en “Infodemia”. La crisis del coronavirus dispara la difusión de bulos. El gobierno identifica más de un millar», escrito por Lucía Abellán. Según el artículo, la infodemia es el fenómeno generado por la

pandemia del coronavirus: contagio de noticias falsas relacionadas con esta crisis. Dice el artículo que el término “ha hecho fortuna en Bruselas para calificar un tipo de desinformación que ha dejado de ser residual”. Es interesante, porque en este artículo se señala como desinformación, infodemia, bulo, tanto informaciones concretas, noticias falsas, como las interpretaciones, y las teorías, que también se apresura a calificar como “teorías conspirativas sobre el origen del virus”. Y, además, se entiende que esos bulos, esa infodemia, entendida como la proliferación de todo tipo de informaciones, “ha adquirido entidad propia en España como arma de confrontación política”. Pero va más allá, porque señala que ese arma de confrontación política se da entre PSOE y Podemos, frente a Vox. Me parece que un tratamiento tan simplificado convierte, también, a estas noticias, en infodemias, al promocionar la idea de que cualquier noticia que pueda ser susceptible de entenderse como capaz de afectar al gobierno, se interpretará como un instrumento dirigido por Vox. Pero, lo peor de todo, es que resultará que cualquier crítica a la acción de gobierno se entenderá como un bulo. Así, el gobierno se arroga el criterio último e infalible para determinar qué es aquello que podemos considerar bulo: Bulos serán toda información o comentario, valoración o argumento, orientado a criticar al gobierno. La noticia se acompaña con las peligrosas estadísticas que aseguran estas afirmaciones. El artículo deja caer la posible cercanía de la propagación de bulos con los intereses del partido Vox, que ya goza de una considerable animadversión por parte de los medios de comunicación, aunque para ganar en confianza, la autora, en un alarde de objetividad, es capaz de señalar que no está claro que Vox sea el causante. En este caso, se apunta a *Rusia Today*, a la que tilda de ¡“cadena financiada por el Kremlin”! –Ya no hay más que decir. Porque la imagen propagada por el mundo occidental acerca de la maldad intrínseca de los rusos en todos los aspectos de la vida, nos lleva, de nuevo, a advertir la tendenciosidad del artículo, que se entrega a su propio contexto de infodemia, aquella que durante años ha ido fraguando una idea monstruosa de todo lo que tenga que ver con Rusia, y más, sobre todo, si entre las palabras con las que se quiere calificar, por ejemplo, este medio, son “financiado por el Kremlin”: ¡horror!

El artículo da por hecho que toda la información que pulula por las redes, contraria a los intereses occidentales, de la UE, o de la OTAN, es mera propaganda. Según la autora, desde la OTAN se pretende no responder con “propaganda”, dice, “sino con hechos”. Esta afirmación ya sirve para situar dos mundos: el de la verdad que representan las instituciones occidentales, y el de la mentira y la propaganda, que ataca como en una guerra. Se habla, incluso, de combatir la plaga de infodemia. Y, claro, en estos asuntos ya no cabe apelar a la libertad de expresión. Porque la

libertad de expresión está manipulada por bulos falsos, que es necesario proteger. De modo que podríamos preguntarnos aquello que se preguntaba Lenin: “¿Libertad, para qué?” ¡Si sólo sirve para propagar bulos!

14

La propagación de noticias que avisan acerca de la terrible amenaza que se cierne sobre los ciudadanos por el bombardeo masivo de bulos, es, a su vez, un bulo que se propaga con el fin de legitimar el control de la libertad de expresión. No es necesaria la libertad, si con ella se propagan bulos. Pero ¿por qué no pueden permitirse? Ante todo, porque se supone que la gente es incapaz de detectarlos. Por lo tanto, la libertad en estas circunstancias es perjudicial para los ciudadanos. Libertad ¿para qué? El bulo no es sólo una mentira, es ante todo una mentira que se cuela como verdad, es decir, que no es posible descubrirla. Es la trampa de un mago. Pero el bulo mayor de todos es aquel que dice que la gente es incapaz de detectar los bulos, que se los traga y que necesita ser protegido, privándole de la libertad de expresión. Es tanto más bulo cuanto más verdad evidente se pretende presentar. Lo que significa que, en términos de interés, mucho más interesado en propagar bulos está el gobierno, porque con ellos tendrá la excusa perfecta para justificar el control de la libertad de expresión, con el pretexto de proteger a la población de otras supuestas mentiras. Y, como no hay manera de saber de dónde proceden entonces los bulos, si del propio gobierno que los distribuye con el fin de contribuir a sus fines de control de la libertad de expresión, porque el bulo tiene la dificultad no sólo de que lo que diga sea falso, sino, otra mayor, porque, en todo caso, la información ofrecida por el bulo siempre se podrá contrastar, al menos esa es la única manera que tendrán los expertos filtradores de bulos para determinar si la noticia recogida en un bulo es falsa; la mayor dificultad del bulo no está en lo que miente, sino en quién miente, y ahí es donde se ceba el bulo del bulo. Porque no habiendo manera de apuntar al causante del bulo, podrá decirse y acusarse a quien interese, y, como decía el experto profesor de la UOC en el artículo de la Agencia Efe antes referido, solamente será necesario apuntar posibles responsables, sembrar dudas e indicios. De manera que tenemos un bulo mucho más peligroso, el que apunta a la posible autoría del bulo. Resulta extraño y paradójico, pero, por otra parte, muy lógico, que en estos artículos que denuncian un posible foco de bulos en Donald Trump o en Bolsonaro, o en *Russia Today*, sin embargo, se descalifique al mismo tiempo a los conspiranoicos. Lo que significa que los conspiranoicos sólo lo son de determinados tipos de conspiraciones, pero no de otras, porque el mismo

artículo está apuntando a la existencia de una conspiración, aquella que propaga bulos con el fin de socavar la confianza de los españoles en la acción de gobierno, o de las instituciones de la UE.

A fecha del 29 de de Abril, aparece la noticia de que el director de información económica de La Moncloa, Daniel Fuentes, se plantea la posibilidad de propiciar un sistema de financiación de la prensa, un sistema de "bonus/malus" para incentivar o desincentivar las buenas y malas prácticas mediante la creación de un organismo intermedio entre la prensa y los ciudadanos que podría ser, señaló, una «asociación profesional independiente». Nuevamente, el Estado aquí, a través del gobierno, entregaría sumas de dinero al periodismo según lo decida una asociación profesional independiente. Ahora, ¿cómo se establece esta asociación profesional independiente, estos jueces últimos del periodismo fiable y del no fiable? El peligro de que quede supeditada toda la prensa nacional al arbitrio de una institución censora nos pone ante un abismo de manipulación financiada y dirigida por el gobierno de turno. Ya se planteó, por ejemplo, que el puesto de director de RTVE fuera una persona independiente que accediera al cargo por estrictos méritos profesionales, por concurso de méritos, al menos, pero la realidad es que ningún gobierno hasta ahora ha estado interesado en dejar al arbitrio de la profesionalidad este puesto; se establece por decisión directa del gobierno. Y lo mismo puede ocurrir con esta institución. Una institución que supondrá un importante gasto al gobierno, una nueva red clientelar, y una forma de control y censura de la información sobre la base, en este caso, no de criterios ideológicos, sino supuestamente profesionales. Todo ello, como se puede observar, porque se da por supuesto que el público es tan impresionable e incapaz de distinguir críticamente, o es tan incapaz de contrastar la información, que hay que darle masticada la información verdadera.

15

Estos son los grandes peligros del discurso acerca de la era de la posverdad: que ese mismo discurso puede responder al interés, por parte de los gobiernos, de censurar y controlar la llamada libertad de expresión. El argumento poderoso es que los seres humanos somos tan impresionables que es imposible para nosotros desarrollar la capacidad crítica suficiente para discriminar lo verdadero y lo falso, en medio del océano de informaciones diversas que, procedentes de los medios de comunicación y de las redes sociales, multiplican exponencialmente las fuentes de noticias.

La era de la posverdad, pues, la era del engaño masivo y sistemático, (procedente siempre de los malos, los malvados inventados *ad hoc*) obligaría a controlar la información para garantizar la libertad de los indefensos ciudadanos. Suena a infodemia de la peor calaña. En cierto modo, el llamado lenguaje políticamente correcto, ese que anima a decir al representante de la OTAN: “nosotros vamos a responder a las infodemias con hechos”, es un modo de ocultación, ya de por sí. Una ocultación que insiste en la idea de que el político debe aparentar unas formas determinadas que, por su propia definición, ocultan una realidad que no debe ser mostrada, acaso por la necesidad de mantener las distancias, pero que equiparan al político con el actor, y a su lenguaje políticamente correcto con un guión que debe incluir no ya no decir mentiras, sino, al menos, que no se descubran. Pero cuando un político rompe las formas, que es una manera de actuar también, está rompiendo la cuarta pared. Y, en este sentido, la actitud de políticos como Trump o Bolsonaro, que renuncian a utilizar un lenguaje políticamente correcto (esa incorrección que puede dar la impresión de que actúan de un modo más sincero y verdadero), pueden estar jugando también su papel como señuelos, un interesante papel en la conformación de un clima favorable a la censura “buena”, frente a la mentira “mala”, en una época en la que el despliegue tecnológico de los medios permite a los hombres un acceso a la información mucho más libre e independiente de lo que los gobiernos están dispuestos a tolerar. ¿Y por qué? Pues, ante todo, porque, como dice Gustavo Bueno, la multiplicidad brutal de las fuentes de información hace que el político, prácticamente, no pueda sostener por mucho tiempo sus mentiras.

He aquí el principal problema y la razón por la que se hace necesario amplificar el discurso de la era de la posverdad, y legitimar la censura informativa: porque los ciudadanos ahora tienen una capacidad nunca vista, antes del despliegue de las nuevas tecnologías, para “coger al mentiroso antes que al cojo”. Por esa razón y mientras juegan a engatusarnos con la amenaza de la posverdad, los políticos van asumiendo un papel de cínicos impertérritos ante las mentiras flagrantes en las que una y otra vez los vamos cazando. Claro que esto ha dado lugar, también, a la solidificación de una nueva actitud por parte de muchos ciudadanos, que adquiere proporciones también de pandemia, el *sectarismo*. El sectarismo es mucho peor que la falsa conciencia, es mala conciencia, es mentir a sabiendas, es aplaudir las mentiras a sabiendas, porque arrecian las evidencias que dejan sin autoridad a esos políticos con los que nos unen multitud de compromisos y dependencias. Pero esto es un tipo de enfermedad que, en las democracias, debe ir curándose con el tiempo. El problema no es el engaño, pues nunca ha sido más fácil salir de

él que actualmente, el problema es, como en la publicidad, el deseo, la voluntad que tiene el comprador, de ser engañado.

Para una teoría materialista de la mentira

16

Manuel Arias Maldonado, en su artículo, "Genalogía de la posverdad", publicado en *El País* en 30 de marzo de 2017, nos plantea el problema de frente. Habiendo sido la mentira siempre una práctica constitutiva de nuestra vida política, ¿qué añade, si añade algo, el debate actual sobre la posverdad?: "Pero se diría que nuestra época ha añadido acentos nuevos a esta vieja práctica: no siendo la posverdad una novedad radical, tampoco es la mentira de siempre."

¿Qué añade la posverdad a la estrategia de mentiras y medias verdades, ocultaciones, de toda la vida? Porque el problema no es que se engañe ahora. Al fin y al cabo, el engaño se ha practicado siempre, es consustancial con el hombre.

El engaño es siempre deliberado, la ocultación busca siempre una finalidad. Supone una acción premeditada para ganar tiempo, engatusar al enemigo, conseguir nuestros propósitos. La historia de la humanidad, se dice, es la lucha de clases, pero la lucha de clases es un caso particular del conflicto de fines entre los individuos, los grupos y los estados. Y esos conflictos de fines, que sólo pueden llevarse a cabo en cada época en función del estado objetivo del mundo, pero que entrechocan porque nuestros fines siempre involucran a los demás, están plagados de mentiras, de engaños, de estratagemas.

Para que una mentira tenga funcionalidad práctica debe perdurar el tiempo suficiente para que su descubrimiento ya no pueda revocar los fines alcanzados. Se dice a veces que "se coge antes a un mentiroso que a un cojo", pero esto también forma parte de esos bulos que nos ayudan a convencernos de la certeza de las cosas. A los buenos mentirosos no se les coge tan fácilmente y, menos, a tiempo. Como cualquier otra, la mentira política debe sostenerse hasta el final para que sea eficaz. Así, por

ejemplo, cuando se inventó el bulo de las armas de destrucción masiva que supuestamente tenía almacenadas el estado iraquí con el malévolo fin de acabar con la Humanidad, se hizo con la finalidad de destruir el país. La ONU envió expertos para investigar si efectivamente existían esos arsenales bélicos. Ellos no certificaron que existieran, pero tampoco podían desmentirlo. Los expertos comisionados no sabían determinar si existían o no, pero no los habían visto. Finalmente, la ira de Occidente cayó sobre Iraq y fue destruido, Sadam Husein ahorcado, el país arrasado, sus riquezas arqueológicas y naturales, el petróleo, arrebatado por las multinacionales occidentales; pero nunca aparecieron las armas de destrucción masiva. La mentira consiguió sus objetivos. Su argumento era tan malo como aquel que utilizaba el gran Jiménez del Oso para justificar que unas piedras pintadas halladas en América del Sur tenían que haber sido realizadas por alienígenas, pues nadie había dicho aún lo contrario.

Una vez alcanzados los objetivos, la mentira ya da lo mismo, y resulta inútil pretender demostrarla porque la victoria es total. Ni Aznar, ni George Bush hijo, ni Tony Blair responderán de semejante barbaridad. Como siempre, en Iraq, una mentira política bien enfilada conduce a cambios históricos irreversibles que son verdaderos. Y sin embargo, nunca se sabrá el número de muertos en esa guerra, un número que debería incluir el conjunto de víctimas que produjo no solo la más conocida segunda guerra de Iraq de 2003, sino también la casi olvidada Primera Guerra del Golfo, que se inició en 1991; más el número de víctimas resultantes de las incursiones aéreas que durante los años noventa se llevaron a cabo en las llamadas "áreas de exclusión aérea", así declaradas ya en la hégira de Bill Clinton: dos enormes franjas que dividían el país de este a oeste en tres grandes sectores y que sufrieron constantes bombardeos punitivos. Wikileaks descubrió muchas de las atrocidades que tuvieron lugar en esas tierras bíblicas, hemos visto escenas monstruosas que deberían conducir a la cárcel a muchos responsables políticos, pero, sin embargo, es Julian Assange el que, después de haber desvelado estas verdades ocultas, sufre la ira de Occidente, ese mismo Occidente de la OTAN que dice que responderá a la propaganda "con hechos".

Un hecho repugnante de la guerra contra Iraq, en términos de verdad, es que se hizo esgrimiendo una mentira en virtud de la cual Iraq estaba mintiendo al mundo y amenazando. Más repugnante aun es que la guerra contra Iraq era el castigo necesario por haber practicado una mentira. Se trata de una situación paradójica, pero es así. El castigo contra Iraq está justificado porque mienten y esa mentira es una amenaza. La verdad legitima el castigo. Toda guerra necesita un *casus belli*, como el famoso

hundimiento del *Maine* en el puerto de La Habana que desató la Guerra de Cuba. El acontecimiento real del hundimiento del *Maine* fue interpretado tendenciosamente, acusando a España de haber realizado el sabotaje, aunque nunca se demostró. Fue suficiente. "Tú proporcióname chicas, yo te proporcionaré guerra", dice Orson Welles que dijo Charles Foster Kane en la considerada como mejor película de la historia. Pero además del *casus belli*, necesitamos la cobertura moral de la idea de Verdad: la legitimidad.

También la primera guerra del golfo surgió a cuenta de una gran mentira. En el documental *Vender la guerra*, se narra cómo el embajador de Kuwait en EEUU, junto con una agencia de publicidad, y la connivencia de los servicios secretos estadounidenses, urdió una mentira suficientemente brutal para legitimar moralmente la necesidad de destruir Iraq: el famoso episodio de las *incubadoras*. La agencia de relaciones públicas, *Hill and Knowlton*, organizó un teatro en el que se llevaba a cabo un juicio a Iraq denunciando que los soldados iraquíes habían entrado en los hospitales de Kuwait y habían arrancado a los niños de las incubadoras para robarlas, dejando abandonados a los niños por el suelo. El número de incubadoras empezó siendo de unas decenas y terminó en varios centenares, porque también Amnistía Internacional entró al trapo del engaño. Finalmente, una comisión norteamericana verificó que no había existido tal caso de las incubadoras. Pero fue suficiente, porque incluso el presidente George Bush padre mencionó el asunto en el Congreso antes de declarar la guerra a Iraq. En el teatro montado por la agencia se veía incluso a una pobre enfermera desvalida de 15 años que lloraba mientras declaraba haber visto cómo arrancaban a los niños de las incubadoras. Luego se demostró que era la hija del embajador de Kuwait y que nunca había estado en Kuwait. A su modo ella hizo su trabajo patriótico a favor de Kuwait y la pantomima surtió sus beneficiosos efectos. El documental pone de manifiesto el embuste, pero el embuste cumplió su función con creces, y nunca ha sido desmentido. Aunque si lo fuera, de nada habría servido. Una vez atacado Iraq, la cuestión de la verdad del relato es irrelevante. Pero antes hubiera sido fatal para los intereses de EEUU y Kuwait.

17

Por eso resulta absolutamente necesario reconsiderar la cuestión de la mentira desde el punto de vista extramoral, como quiso ensayar Nietzsche, pero no ya bajo los parámetros de la teoría metafísica de la mentira, sino desde los parámetros críticos del materialismo filosófico. Al fin y al cabo, ya

Platón, en el *Hippias menor*, dejó claro que sólo el hombre bueno es capaz de mentir y decir la verdad: "Luego es propio del hombre bueno cometer injusticia voluntariamente y del malo, hacerlo involuntariamente, si, en efecto, el hombre bueno tiene un alma buena." De manera que "el que comete errores voluntariamente y hace cosas malas e injustas, Hippias, si ese hombre existe, no puede ser otro que el hombre bueno." De donde la mentira como tal, si la pretendemos ver desde un punto de vista extramoral, habrá que considerarla como el resto de las técnicas que pueden ser utilizadas con buen fin o con mal fin. Su maldad y su bondad, su catadura moral, responderá a la intención de quien la ejecuta, los fines conforme a los cuales se conduce y las consecuencias que se derivan de ella.

Lo que hace mala la mentira no está en el acto de engañar, aunque ello suponga, efectivamente, la dominación del contrario, sino el fin con el cual se va a hacer la dominación. Por eso, San Agustín añade que "el mentir debe suponer no solo la intención de engañar sino también la de dañar". El daño o el beneficio, en todo caso, puede ser ético, moral o político. Y será también proporcional a la capacidad de persuasión que tenga la mentira para conducir a otros a hacer daño, como ocurre con el conocido como Milagro de Apolonio de Tiana, un relato que viene muy a cuento en nuestros tiempos. Se dice que a principios del siglo II una grave epidemia asolaba la ciudad de Éfeso. Apolonio de Tiana se presentó en la ciudad anunciándoles que acabaría inmediatamente con la peste. Llevó a los ciudadanos al teatro en el que se situaba la estatua del dios protector de la ciudad y viendo a un mendigo harapiento animó a los efesios a lapidarlo. El mendigo quedó muerto, sepultado bajo las piedras. Cuando Apolonio les pidió que quitaran las piedras, en vez de un mendigo vieron una bestia semejante a un perro de presa enorme, y se obró el milagro pues la peste desapareció. En vista de ello los efesios elevaron allí una estatua a Heracles, su dios protector. *Mutatis mutandis*, también en España en tiempos de la pandemia alguno quiso buscar un chivo expiatorio que a cacerolazo limpio cargara con las culpas. Algo parecido vemos en la película *La jauría humana* de Arthur Penn (EEUU, 1966), donde la masa enfebrecida abandona cualquier reflexión racional para entregarse al sacrificio.

18

La tesis central que quiero defender en este ensayo, y que ya Oscar Wilde dejó establecida en su precioso diálogo, *La decadencia de la mentira*,

antes referido, es que la mentira es un arte, una técnica. De hecho, es la técnica humana por excelencia y, en gran medida, es la que nos ha conformado en lo que somos: “la producción técnica y tecnológica, en su más amplio sentido, es el proceso mediante el cual ha tenido lugar la *neogénesis* humana” –dice Gustavo Bueno. Ahora bien, la producción humana, más allá de la tradicional interpretación como imitación de las naturalezas de su entorno, “ha de comenzar –dice Gustavo Bueno- por una fase o momento analítico, es decir, por un momento destructor o triturador de las mismas naturalezas que van a ser tomadas como modelos. La *poiesis* humana, es decir, la producción, habría que verla, según esto, por de pronto, como un proceso que comienza destruyendo las *naturalezas* que encuentra en la *Naturaleza*. Y este proceso tiene lugar a distintas escalas.”

Esta destrucción puede ser “absoluta”, cuando se orienta a descomponer o triturar las morfologías naturales en sus partes materiales, no formales, es decir, en partes tales que ya no conservan la forma del todo, es decir, en partes tales que a partir de ellas ya no sea posible reconstruir la naturaleza de partida: trituración, cerámica, armas de destrucción, etc., las técnicas y tecnologías de la guerra, por ejemplo, representan –dice Gustavo Bueno- el mejor ejemplo del “momento destructivo” de la *poiesis* humana. Pero hay otras técnicas “de segundo orden que no llegan a destruir las morfologías naturales que constituyen sus materiales de partida, “pero que sí deben descomponerlas en sus *partes formales*, bien sea para sustituirlas por otras (las técnicas de reparación del “carro de cien piezas” o las técnicas de trasplantes de órganos), bien sea para componer, con estas partes formales, por *diamórfosis*, morfologías nuevas (como ocurre con la composición musical, o con la composición arquitectónica).”

Gustavo Bueno considera necesario reconocer, además, técnicas de un *tercer orden* que, “respetando más o menos, el dintorno de las morfologías de partida, destruyen las conexiones que ellas mantienen con otras morfologías de su entorno, alterando así profundamente el estado de cosas ordinario y, a la larga, incluso las mismas morfologías conservadas. Este sería el caso –dice- de las técnicas de plantación de cereales, de hortalizas, o el caso de las técnicas de domesticación de animales.” Estas técnicas son las más importantes y las que conducen precisamente al hombre a su dimensión humana:

“En general –dice Gustavo Bueno-, mediante las tecnologías de tercer orden, asistimos a un proceso susceptible de ser descrito como el “triumfo

del hombre sobre la Naturaleza", no ya por la vía de la destrucción absoluta sino por la vía del "engaño", o incluso, si puede hablarse así, de la ironía: la rueda de cangilones, que elevaba, mediante sus giros, el agua del Guadalquivir, no destruía la ley de la gravedad, que inclinaba a la corriente del río a ir hacia abajo; la combinaba con las leyes de la inercia de forma que, utilizando la misma energía fluvial, se consigue que parte importante del agua corriente fuese llevada a ascender impulsada por su misma fuerza. Una ironía similar se hará presente en los aparejos de las carabelas, que consiguen ceñir, es decir, aprovechar la fuerza del viento para desplazarse en contra de la dirección en la que él sopla. Y ¿qué otra cosa es, sino ironía sutil, el cepo etológico que los bantúes ponían al chimpancé para cazarlo? Unas avellanas, encerradas en una calabaza de cuello estrecho incitaban al animal a introducir la mano por él; pero una vez que había alcanzado y apretado con su puño los frutos codiciados, su propio instinto, que le obliga a mantener el puño cerrado, le mantenía al mismo tiempo prisionero de la calabaza."

Y esta es precisamente la esencia del engaño: el engaño es posible porque el cazador o el pescador es capaz de prever lo que va a hacer el engañado. Es decir, porque, de algún modo, la conciencia del mono está, por así decir, envuelta por la conciencia del cazador bantú. La mentira es, en este sentido, una técnica de *dominación* de la voluntad de los otros, y así lo recoge Platón en el *Hippias menor*: "¿Acaso crees tú, Hippias, que el hijo de Tetis, educado además por el muy sabio Quirón, era tan olvidadizo como para que él mismo, tras haber vituperado con la máxima censura a los que hablan a la ligera, manifestara inmediatamente a Odiseo que pensaba regresar y a Ayante que pensaba quedarse? ¿No crees que lo hizo intencionadamente y creyendo que Odiseo era un hombre ingenuo al que él superaría con esta habilidad y con no decir la verdad?" Del mismo modo, en el diálogo platónico *Gorgias*, en el que se discute el arte de la retórica, cuando Sócrates y Gorgias comienzan a discutir el objeto de ese arte, dice Gorgias que la retórica trata de los asuntos humanos más importantes y excelentes, pero Sócrates sigue preguntando: "¿Cuál es ese bien que, según dices, es el mayor para los hombres y del que tú eres artífice?", y Gorgias le contesta así: "El que, en realidad, Sócrates, es el mayor bien y les procura la libertad y, a la vez permite a cada uno dominar a los demás en su propia ciudad." De modo que la retórica es el arte de la persuasión que permite a los hombres dominarse entre sí en la ciudad. Y la mentira es la técnica por medio de la cual una conciencia, la engañada, queda sometida a la conciencia del engañador. Pero, para ello, es necesario que el engaño perdure el tiempo necesario para conseguir alcanzar los fines que perseguimos con la mentira.

En el ensayo anteriormente citado de Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, se propone que el origen de la mentira en el hombre está arraigado en su condición de extrema debilidad frente a los animales, y apela de modo indirecto al argumento del mito del *Protágoras* de Platón, donde se narra la adjudicación por parte de Epimeteo de los dones a todos los seres naturales salvo al hombre, por lo que Prometeo precisamente tuvo que engañar a Zeus y robarle el fuego. Prometeo fue finalmente descubierto, pero la mentira ya había funcionado: el hombre había adquirido el dominio del fuego. Por ese pecado original el burlador Prometeo sufre un castigo cruel y ensañado en el tiempo.

Por supuesto que el hombre no es, en absoluto, un ser desvalido en medio de la naturaleza, ni la técnica puede entenderse como “estrategia de compensación” desplegada por unos primates que, acaso como consecuencia de una ontogenia neoténica, nacieron en estado de desvalimiento (inermes, sin vello, sin garras, sin dientes...), como si fueran “monos malnacidos”, como dice Gustavo Bueno.

“Sin embargo una tal naturaleza es una abstracción, como lo es también el propio “hombre de carne y hueso”. Porque la “unidad humana”, en cuanto entidad específica, no es el individuo, sino el grupo. Y el grupo humano, ya en sus comienzos, lejos de ser un animal inerte y desvalido, comenzó a manifestarse como una poderosa máquina de depredación frente a los demás animales y a la Naturaleza, en general.”

La técnica ha permitido a esas bandas humanas dominar y someter el resto de las naturalezas a sus fines mediante su manipulación sistemática, aprovechando su propia estructura para sus fines, que es en lo que consiste el engaño. Así que Nietzsche, a su modo, nos ha puesto en la pista sobre la verdadera naturaleza de la mentira como una técnica, pero no de compensación, sino de dominación, orientada a garantizar la supervivencia no del individuo o de la especie, sino de los diferentes grupos humanos. Y si la ha entendido como compensación de nuestra supuesta naturaleza desvalida ello se debe al hecho efectivo de que el engaño consigue someter y dominar las conciencias, pero sobre todo los cuerpos, para que, por su propia naturaleza, acaben contribuyendo a la realización de los fines del engañador. No hay nada más fatídico, pues, que ser

descubierto en el engaño antes de su consecución (el torero frente al toro "avisado", por ejemplo), sobre todo si nos ponemos en la escala de la relación de los hombres con los animales en sus etapas más tempranas. Quizá aquí resida la razón, incluso biológica, por la cual se ha ido embadurnando de carga moral el mentiroso cuando es descubierto.

20

Por tanto, como dice Derrida en su ensayo *Historia de la mentira: Prolegómenos*, la mentira siempre supone una verdad, pero no "la verdad general y última inaccesible al hombre", la "verdad total", y tampoco la verdad oculta tras el velo de la mentira, sino la verdad de la cosa fabricada para engañar, sea de palabra, obra u omisión. En este sentido, las mentiras se presentan como *realidades materiales*: una trampa, un injerto, un estímulo condicionado, una planta, una vacuna, un cebo, todo artefacto conducente a reorientar la tendencia o la acción de lo engañado, en la dirección requerida por el engañador, que se nos presenta así como una especie de *Genio maligno*, en la expresión cartesiana:

"Podríamos recurrir aquí a un pintoresco ejemplo, que los alumnos de Gustavo Bueno solíamos oírle en sus explicaciones de clase, cuando trataba de este asunto. La conciencia humana, ante el genio maligno sería un poco como el mono (no recuerdo, por desgracia, qué clase de mono) atrapado por el cazador, poniéndole un fruto en el interior de una calabaza ahuecada, de tal manera que por el hueco pueda pasar la mano estirada, pero no el puño cerrado. El mono mete la mano y agarra el fruto, pero después no "sabe" abrir la mano y, por no abrirla, queda preso en el artificio. Diríamos (con escándalo del sano behaviorismo, pero se trata de un modo rápido de hablar) que el mono queda preso de su evidencia de que "coger el fruto" es todo el designio de su acción; pero el cazador "sabe" más que él: sabe que el proceso es más complejo, y quiere que el mono se engañe: lo tiene agarrado en las limitaciones de su conciencia. La conciencia de uno está envuelta por la del otro. Eso sería Dios, o el genio, respecto a nosotros. O, si no se quiere decir "Dios", la "realidad" independiente de mi conciencia. Acaso hay en ella leyes que yo ignoro, que desbordan cuanto puedo entender. Y así, una vez supuesta tal hipótesis, mi deber es dudar de todo, como Descartes hace."

Así explica Vidal Peña, con maestría, la interpretación etológica del genio

maligno tal y como Gustavo Bueno exponía estas cuestiones. El engañador puede engañar cuando su conciencia envuelve a la del engañado, esto es, cuando anticipa la respuesta que va a dar el engañado al estímulo ofrecido, con el fin de conseguir sus propios fines, o bien la dominación directa del engañado, o su manipulación para que contribuya, sin querer, a los propios fines del engañador. Si el dominio se alcanza por otros medios, como por ejemplo, la fuerza, puede entenderse que el uso de la mentira sea innecesario, que es lo que se puede suponer en la defensa que Hipias hace de Aquiles, en *Hipias menor*. Al fin y al cabo, Aquiles es demasiado fuerte para que un engaño pueda doblegarle. No así Patroclo, a pesar de ir ataviado con las armas de Aquiles. Pues, más allá del estupor que causaba a los troyanos, Héctor, creyéndole Aquiles, no podía dejar de luchar contra él, aunque sabía que perdería y, sin embargo, le venció porque no era Aquiles: su engaño fue desvelado. Del mismo modo, aunque Aquiles era más fuerte, tuvo que aceptar que sólo mediante un ardid podían los griegos doblegar a Troya, con el regalo envenenado del caballo de madera cargado de dánaos. Pero los troyanos hubieron de meter dentro de Troya el caballo por miedo a los dioses, aunque Irene Vallejo, en su precioso libro *El silbido del arquero*, apunta a la idea de que introdujeron el caballo en Troya para evitar que les fuera propicio a los griegos en su viaje de vuelta, pues los troyanos habían creído que efectivamente los griegos se habían marchado.

21

Ahora bien, el dominio del engañador sobre el engañado requiere necesariamente la posibilidad de que el engañador pueda predecir los pasos del engañado a través de la trampa o la mentira. Por esta razón el engaño en sentido *angular* supone la involucración necesaria del “mundo” de animales y de los humanos. Nietzsche intuyó la idea en el ensayo que estamos considerando, pero se negó a sacar consecuencias epistemológicas y ontológicas de ello cuando afirma:

“el hombre se olvida de sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto artísticamente creador, vive con cierta calma, seguridad y consecuencia; si pudiera salir, aunque sólo fuese un instante, fuera de los muros de la cárcel de esa creencia, se acabaría enseguida su autoconsciencia. Ya le cuesta trabajo reconocer ante sí mismo que el insecto o el pájaro perciben otro mundo completamente diferente al del hombre y que la cuestión de cuál de las dos percepciones del mundo es la correcta carece totalmente de sentido, puesto que para decidir sobre ello tendríamos que medir con la

medida de la percepción correcta, esto es, con una medida de la que no se dispone.”

Es evidente que no hay modo de encontrar una contemplación de la Realidad al margen de la percepción que cada especie ostenta –hablamos de un “punto de vista de Dios”, por así decir, pero es precisamente este punto de vista el que resulta absolutamente imposible, porque no hay manera de ver el mundo que no sea un punto de vista contrastable con otros puntos de vista. La visión desde todos los puntos de vista y todos los tiempos a la vez es absolutamente imposible, una pura contradicción. En cambio, la visión que los animales tienen del mundo, su propio mundo y el mundo de los hombres no son tampoco, como parece indicar aquí Nietzsche, totalmente incompatibles, o imposibles; antes al contrario, se involucran unos en otros y por eso precisamente el cazador puede cazar mediante engaño a la pieza cazada, porque es capaz de predecir, no desde el punto de vista del cazador, sino desde el punto de vista de la propia pieza cazada. Predecir sus pasos según su propia experiencia del mundo significa que esas percepciones específicamente distintas no son, sin embargo, contradictorias e incompatibles, y precisamente por eso podemos comprender como real nuestra experiencia del *mundus adspectabilis*, de los objetos y sujetos apotóticamente percibidos.

Es en esto en lo que consiste, según Gustavo Bueno, su teoría del *hiperrealismo*, una teoría que sólo es posible cuando remontamos la limitación metafísica de la idea del sujeto trascendental kantiano que todavía Russell consideraba como la limitación máxima para determinar la realidad objetiva de nuestro mundo entorno, en su obra *El conocimiento humano* (1948), por ejemplo. Por ello, el hecho de que veamos el mundo bajo unas ciertas condiciones de posibilidad no lo hace menos real, puesto que otros animales, con otras condiciones perceptuales, ven el mundo de un modo compatible con el nuestro, o congruente en muchos tramos con él, aunque en otros muchos no. Precisamente por eso el depredador puede cazar y, a su vez, resultar cazado. Si un tiburón es capaz de oler a grandes distancias en medio del mar, o un murciélago es capaz de ver en la oscuridad (para nosotros), podemos decir que nuestros mundos no son totalmente congruentes, pero no absolutamente, metafísicamente incompatibles como pretende Nietzsche siguiendo a Kant:

“Al contrario, cabe decir por lo pronto que, si cada uno de nosotros tuviese una percepción sensorial diferente, podríamos percibir unas veces como

pájaros, otras como gusanos, otras como plantas, o si alguno de nosotros viese el mismo estímulo como rojo, otro como azul e incluso un tercero lo percibiese como un sonido, entonces nadie hablaría de tal regularidad de la naturaleza, sino que solamente se la concebiría como una construcción altamente subjetiva. Entonces, ¿qué es para nosotros, en definitiva, una ley de la naturaleza? No nos es conocida en sí, sino solamente por sus efectos, es decir, en sus relaciones con otras leyes de la naturaleza que, a su vez, sólo nos son conocidas como suma de relaciones. Por consiguiente, todas esas relaciones no hacen más que remitirse continuamente unas a otras y, en su esencia, para nosotros son incomprensibles por completo; en realidad sólo conocemos de ellas lo que nosotros aportamos: el tiempo, el espacio, por tanto las relaciones de sucesión y los números.”

Los pájaros, los gusanos o las plantas perciben el mundo de modos diferentes, pero no son absolutamente incompatibles, sino que sus mundos aparecen involucrados unos en otros. Sin embargo, suponiendo esta incompatibilidad se hace imposible construir una teoría del conocimiento que se aleje del relativismo y aun del escepticismo.

La crítica radical a estos planteamientos metafísicos que han mantenido a la filosofía en un dualismo estéril se puede leer con claridad en este párrafo de Gustavo Bueno que cito en toda su extensión dada la enorme importancia que tiene:

“Lo que llamamos Mundo, en efecto, es el conjunto o sistema de realidades “objetivas” que envuelven a los sujetos, no sólo físicamente, sino también apotéticamente. Pero lo que es apotético sólo puede configurarse como tal, a través de los fenómenos que implican a los sujetos operatorios. Sólo entonces puede tener lugar, no sólo el establecimiento de distancias métricas (de relaciones distales), sino también la “evacuación” de los contenidos interpuestos entre los sujetos y las cosas del Mundo que los envuelven. Si suprimiésemos los sujetos operatorios, el Mundo, en cuanto *mundus adspectabilis*, des-aparecería. Y no porque se aniquilase (como pensaban los idealistas absolutos, que reducían al Mundo a la condición de un contenido de conciencia), sino porque se reduciría a la condición de realidad puramente física, paratética.”

”Pero en cuanto introducimos a los sujetos operatorios, animales o humanos, algo muy similar al Mundo comenzará a configurarse de acuerdo con una morfología que habrá de estar proporcionada a las

especies zoológicas correspondientes: el “mundo entorno” de los peces será distinto del “mundo entorno” de las aves; el “mundo entorno” de los homínidos será distinto del “mundo entorno” de los hombres; y dentro de los hombres, será distinto el “mundo entorno” de un yanomamo, y el “mundo entorno” de un griego de la época de Pericles. Las diferentes sociedades o culturas se caracterizan en gran medida porque sus respectivos “mundos entorno” son también diferentes y característicos (sin perjuicio de las intersecciones que entre ellos puedan tener lugar). La constatación de estas diferencias ha solido ser formulada, desde los escépticos griegos hasta Von Uexküll o Spengler, según el modo relativista: cada animal, según la naturaleza de su especie, como cada “cultura”, tendrá su propio “mundo entorno”. Estos “mundos entorno”, por lo demás, se comportarán entre sí como “mundos megáricos”, formalmente incomunicables (aun cuando materialmente estuvieran en continuidad causal y aun sustancial).

“Sin embargo, los diferentes “mundos entorno” de los sujetos o grupos de sujetos operatorios no tienen por qué ser necesariamente interpretados en el sentido de este relativismo megárico radical. Los diversos mundos entorno, sin dejar de ser diversos, tienen múltiples puntos de intersección, es decir, contenidos apotéticos comunes en diverso grado y proporción, según las especies consideradas. Los chimpancés tendrán con los hombres muchos más contenidos (apotéticos) comunes que los que puedan tener con las abejas. Y precisamente por esto, los “mundos entorno”, lejos de ser entidades incomunicables, aisladas o irreductibles, podrán ser englobados, más o menos, los unos por los otros. Solo que este englobamiento puede hacerse efectivo a través del conflicto y la *dominación* [SN] (en el límite: de la destrucción o de la asimilación) de unos “mundos entorno” en los “mundos entorno” de los vencedores. De este modo, y por esta razón, lo que llamamos “Mundo” en general, a la vez que es el mundo entorno de los “hombres civilizados”, puede englobar en sí a los mundos entorno de los salvajes, y por supuesto, también al de los póngidos, y aun al mundo de los insectos: von Frisch pudo llegar a “introducirse” en el “mundo entorno” de las abejas e incluso llegó a leer su “lenguaje”. No tenemos noticia, en cambio, de la existencia de un von Frisch de las abejas, de una abeja que hubiera sido capaz de entrar en el “mundo de los hombres” hasta el punto de poder interpretar el *Quijote*. El *mundus adspectabilis* de los hombres no tiene, por tanto, como privilegio el de ser el mismo Mundo absoluto y real (suponiendo que un mundo tal pudiera existir al margen de los sujetos operatorios, animales, humanos o divinos). A lo sumo tendrá como privilegio el ser el “Mundo de mayor potencia” capaz de envolver, en principio, a todos los demás mundos entorno de los animales, de los dioses, de los homínidos y aún de los hombres que viven en mundos

diferentes.”

22

Así pues, la mentira debe entenderse, con respecto a la verdad, en un contexto diamérico, no metamérico (según la distinción establecida por Gustavo Bueno en su ensayo “Conceptos conjugados”). Si, en el monismo, todo está relacionado con todo, la mentira se entiende como una ruptura con la continuidad de todas las cosas, por lo tanto tiende a ser su doble, su reflejo, la Apariencia, como desdoblamiento, de ahí el dualismo metafísico. Mientras que el pluralismo materialista entenderá las mentiras determinadas por contextos independientes, que actúan como causas envolventes de una acción finalista. Las mentiras son verdades prácticas y productivas, *instituciones*, tal y como las define Gustavo Bueno. Por tanto, toda mentira es una verdad que conduce a otra realidad verdadera. Un árbol sin frutos injertado puede dar lugar a varias ramas con los frutos deseados, reconduciendo la naturaleza propia del árbol. Una vacuna engaña al cuerpo para que “fabrique” anticuerpos preventivos, dominando pues la naturaleza del cuerpo y, de paso, la del virus. La campana conduce a la salivación del perro de Paulov. Una mentira, un engaño, es verdadero cuando conduce al fin deseado, como cualquier otra técnica; será verdadera si resulta eficaz en su planificación. Aplicaríamos aquí de modo preciso el dictum: *verum est factum* de Gian Battista Vico, tal y como lo interpretó, por ejemplo, Engels, en su obra *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Ciertamente la mentira es una técnica en la que se envuelve un fin que involucra a otros sujetos, hombres, y animales, conduciendo a un conflicto de fines. Pero toda estrategia propositiva, todo fin, está constituido, según Gustavo Bueno, por los fines propiamente dichos, el *finis operantis*, aquello para lo que se realiza la acción, que es genéricamente dicho, la dominación del contrario, o la imposición del fin propio; los planes, que se refieren a quienes afecta la acción, esto es, a quienes se engaña, y los programas, esto es, los modos del engaño, que siempre suponen un fulcro real, una simulación del esquema de identidad que suponemos opera en el engañado, como la trampa que oculta el agujero en el que caerá la pieza cazada, el ropaje que mimetiza al cazador, el cebo de la mosca para la trucha, el camuflaje del soldado, etc. Según esto, habría que suponer un *estado natural* del conflicto de fines (supervivencia y reproducción), de un modo más bien involuntario, como en el caso de la mariposa Caligo, cuyas alas desplegadas simulan el rostro de un búho, lo que puede ahuyentar al cazador; y explica la fábula de la rana y el escorpión, el cual no puede dejar de mentir a la rana, porque cuando la tenga a tiro, le picará, aunque

se ahoguen los dos.

El modo del engaño antropológico, el conjunto de técnicas de dominación de cuerpos y mentes que conduce a la conformación del *espacio antropológico*, tal y como lo define Gustavo Bueno, sería aquel conjunto de técnicas de dominación de los animales por parte de los grupos humanos. Porque si en el espacio antropológico son las normas las que regulan los conflictos de fines, que es lo que los convierte en fines, entonces como esos conflictos buscan la consecución del fin propio frente al ajeno, como en el juego, la mentira es el ejercicio de la más universal estrategia para confundir, engañar, manipular, o utilizar al enemigo. Así pues, las mentiras primeras serían las mentiras *angulares*, las propias de la caza y la recolección. Luego vendrían las mentiras *radiales*, aquellas que han permitido al hombre la vida sedentaria, el despliegue del neolítico, el dominio de la agricultura, de las naturalezas inertes, y las mentiras *circulares*, aquellas que contribuyen, por ejemplo, a través de los ritos y mitos, la cohesión interna de las sociedades llamadas bárbaras en el sentido que, a partir de Lewis Morgan y Engels, le da Bueno en su mítico ensayo, *Etnología y Utopía* (Azanca, Valencia 1971).

A su vez, en el proceso de conformación de la vida en ciudades, en el origen de los estados, primarían las técnicas de dominación circulares, porque ahora estos engaños habrían permitido la conformación de las primeras sociedades políticas, si entendemos por tales, aquellas sociedades que se construyen a partir de grupos divergentes que deben ser reconducidos. El arte de la política sería el arte de mantener unida en el tiempo una sociedad compleja compuesta por grupos con tendencias divergentes en una unidad. Poder dominar estas divergencias y conservar la unidad en el tiempo de una sociedad política es el arte de la política por excelencia, y no es extraño que la mentira política sea la mentira por excelencia. Pero en las sociedades políticas, las artes *radiales* se reorganizan constituyendo la *capa basal* de las sociedades políticas, sin la cual no tendrían sentido, y las artes *angulares* alcanzarían a su vez una reorganización en la forma de ideologías, nebulosas ideológicas y creencias y artes miméticas que contribuyen a la cohesión social en el conflicto entre las sociedades políticas.

23

Como el arte de la dominación supone un conocimiento preciso acerca

de cómo se conducen los sujetos y objetos engañados, los ríos, los vientos, los animales, y los “pueblos”, no es extraño que tras el arte del engaño, conducente a la dominación, se concentre el despliegue de los conocimientos capaces de sostener las sociedades políticas en el tiempo: conocimientos radiales, angulares y circulares cada vez más complejos establecidos precisamente para poder afinar y hacer cada vez más eficaces las técnicas de dominación. Cuando Francis Bacon dijo aquello de “saber es poder”, señalando que los occidentales éramos, para los pueblos menos desarrollados, como los dioses para los hombres, reconocía implícitamente no solo que las técnicas fueran mejores, sino que permitían la dominación de esos pueblos, su sometimiento sin paliativos. Los saberes *radiales* no conducen solo a las verdades, sino a las mejores formas de dominación de las naturalezas, hasta el punto de que las técnicas originales pueden llegar a ser sustituidas por tecnologías capaces de dominar las fuerzas naturales de un modo aun más eficaz, de manera que las tecnologías se convierten en actos un tanto mágicos, actos incluso supersticiosos, como cuando aporreamos el ratón de nuestro ordenador pensando que esos golpes pueden conducir a la solución de un problema en el ordenador. Aquí la conducta supersticiosa se produce porque pensamos en el ratón como una herramienta, como si se tratara de un martillo, cuando su funcionamiento no puede ser explicado “intuitivamente”, sino a partir de una tecnología basada en conocimientos científicos, en teorías científicas complejas que pueden ser totalmente desconocidas para nosotros. De ahí que su funcionamiento resulte “mágico”. Tan mágico como el truco de un mago que alcanza éxito cuando rompe el esquema de identidad práctico y causal que nosotros suponemos y anticipamos. El mago sume al espectador en un abismo de incertidumbres, un abismo que se alivia en cuanto se explica el truco. Pero en las tecnologías el truco puede estar tan a la vista que a pesar de ello nos resulte inexplicable, como los organismos modificados genéticamente, etc.

Pero los resultados de las ciencias, precisamente por su capacidad, digamos, productiva –aquello que decía Marx en el capítulo XIII del primer tomo del *Capital* y que condujo a Lenin a discutir las tesis de Bogdánov sobre la supuesta “ciencia burguesa” frente a la “ciencia proletaria”-, llenan de solemnidad sus descubrimientos, en una especie de “fundamentalismo científico” –como lo define Gustavo Bueno. Y de ahí proceden los engaños de las ciencias: los fraudes, como el conocido del *Hombre de Piltdown*, en el que estuvo involucrado, según nos dice Jay Gould, el propio Theilard de Chardin, que trató de *ocultarlo* durante toda su vida, o el recientemente juzgado fraude realizado en España por un grupo de arqueólogos al servicio del ideario nacionalista vasco.

De modo que habrá *técnicas* de engaño y *tecnologías* de engaño. Pero los saberes tienen que ser verdaderos, si se pretende construir con ellos tecnologías efectivas de dominación de las naturalezas. La verdad aquí viene a ser como la fe en la Edad Media. La fe garantizaba el razonamiento correcto, igual que la "búsqueda de la verdad", la no alteración de los procesos de investigación, garantiza la eficiencia tecnológica. Las tecnologías *radiales* conducen a la dominación científica de las naturalezas, mientras que las tecnologías *angulares* podrían encontrarse tanto en la manipulación genética de los animales, (aunque en este caso es probable que tengamos que considerar a los animales como naturalezas propias del eje radial), pero especialmente, creo, se encontrarían en las tecnologías robóticas. La robotización vendría a ser la culminación de tecnologías orientadas a la producción de artefactos automóviles y cuya forma de conducta alcance una semejanza a la de los autómatas que imaginaba Descartes en su gabinete. Seres dotados de inteligencia, capacidades varias, pero no humanos, sino incluso muy superiores al hombre en cuanto a muchas de sus características. Ciertamente que los griegos ya acariciaron la cuestión de los autómatas (como demuestra extraordinariamente el libro *Dioses y robots*, de Adrienne Mayor, recientemente publicado en español en la editorial Desperta Ferro), pero todas las descripciones nos los presentan como autómatas técnicos; -complejos, pero técnicos.

La robótica actual podría conducirnos a la generación de entes inteligentes no humanos capaces de dominar la energía proporcionada para llegar a crear incluso seres semejantes a ellos, como pretendía John von Newman. Pero también podrían estar siendo ideados para dominar a los hombres, lo que ha dado lugar a toda una serie de reflexiones de ciencia ficción, como en el clásico *Blade Runner*, de Ridley Scott. Alguien crea un robot tan perfecto que es capaz de engañar al propio robot haciéndole creer que es un ser humano, como la pobre Rachel; o Deckard, o el resto de los "pellejudos" replicantes, que atesoraban fotos ficticias, prefabricadas, vinculadas a recuerdos implantados. "¿Te has hecho alguna vez el test a ti mismo?", -le pregunta ella. Los saberes angulares conducen también a una paradoja moral y hay que limitar las posibilidades operativas de la robótica porque en sus manos puede quedar el destino del hombre, como aquellas ingeniosas y patéticas leyes de la robótica de Isaac Asimov, que recuerdan, igualmente, la sumisión de la razón a la fe que profesaba la época medieval.

24

No obstante, lo más insidioso desde el punto de vista de la reflexión racional sobre el asunto de la mentira de la posverdad no es ya la cuestión de la mentira en el mensaje, en el lenguaje, como diría Nietzsche, sino la mentira en el propio *acontecimiento*. Ahí está el peligro mayor. Que el acontecimiento real y efectivo obedezca, él mismo, a un guión prediseñado. Eso es lo trágico del presente. Posverdad no sería tanto el mensaje ocultador de los medios sino la realización de acontecimientos que van unidos a una interpretación. Porque, si el acontecimiento obedece a un guión, entonces estamos ante la circunstancia de que alguien (esos hombres que van portando figuras, según el relato del mito de la caverna, justo delante del fuego) está perfilando el guión que va a suponer una interpretación. De modo que quien así diseñara el guión del acontecimiento sería como el genio maligno cartesiano que nos hacía creer una cosa diversa de lo que es.

La simulación teatral, propia de las técnicas angulares, cuando se da fuera del entorno escénico artístico se involucra en nuestra vida. Los robots invaden nuestro mundo convirtiéndonos en parte de su entorno escénico poético, rompiendo la separación entre público y acción poética. Todavía no se ha reconocido al político como actor, aunque actúe según un guión preestablecido, y resulta muy odioso cuando descubrimos la repetición de un guión, como el caso aquel de Pedro Sánchez que interpretaba la escena en la que un político recuerda una conversación con una señora del pueblo llano y que le cuenta algo que resulta muy elocuente para que la gente asistente al mitin asienta con indignación. Era la famosa “historia de Valeria”. Sabemos que han tenido lugar acontecimientos en los que la duda sobre si los políticos estaban al tanto de lo que iba a ocurrir ha persistido, como se discutía cuando tuvo lugar el 11S en EEUU. ¿Podría darse el caso de que un gobierno nacional o incluso regional, pudiera llegar a concebir la preparación teatral de un atentado real, con muertos incluidos, pero realizado con actores terroristas –abatidos aparentemente (o realmente, siendo también ellos previamente engañados) por la policía en el mismo acto, y por tanto, haciendo imposible un interrogatorio posterior- de manera tal que se consiga, como dice Naomi Klein en la *Doctrina del Shock*, un cambio de tendencia política a una escala radical, sin sombras? En estas dimensiones hipotéticas de la mentira entraríamos más allá de toda moral.

25

Y llegamos ya a las tecnologías circulares, las tecnologías orientadas a la dominación de los seres humanos. Aquí hablamos del “santo grial” de las ciencias humanas, aquellas ciencias cuyo campo gnoseológico incluye la presencia de los seres humanos como sujetos operatorios. Precisamente cuando estas ciencias, en caso de que ello fuera posible, alcanzan el mayor grado de científicidad, es cuando, de algún modo, son capaces de reducir al hombre y disolver su carácter operatorio. ¿No sería este grado de científicidad el que podría proporcionar el mayor éxito tecnológico a ciencias como la Historia, la Sociología, o la Psicología? Y, en caso de que ello fuera posible, ¿no estaríamos desbordando la dimensión humana del campo de estas mismas ciencias, y reduciendo a los seres humanos a la condición, por ejemplo, de partículas dispersándose por un estadio de fútbol, o desplazándose por la ciudad, o acaso también, comprando en el mercado? ¿No es acaso el santo grial de la publicidad el dominio científico del comportamiento de los seres humanos para que hagan exactamente lo que pretendemos que hagan, comprar nuestros productos? ¿No está detrás de esta idea la exploración sistemática y universal y radical de todas nuestras conductas, acciones y reacciones, en la medida en que son registradas por los móviles que primero comenzaron regalándonos masivamente a cambio precisamente de nuestros datos; luego nos ofrecen tal cantidad de servicios gratuitos que seguimos renunciando a la privacidad de nuestros datos, para entregar pormenorizada y exhaustivamente el conjunto sistemático de nuestras acciones, ideas, opiniones y valoraciones, a un entramado de bases de datos capaces de interpretar, analizar, estructurar y orientar esas mismas masas inmensas de datos con el fin de controlar nuestras actividades, a todas las escalas?

Las ciencias humanas son las más difíciles de reducir a sus niveles, diríamos con Bueno, *alfa-operatorios*, sin duda, pero sobre todo porque cuando llegamos a esos niveles, los seres humanos, como tales, se han esfumado del campo de esas ciencias. ¿Pero la pregunta ahora no sería si precisamente eso es de lo que se trata? El límite gnoseológico impuesto por la teoría del cierre categorial de Gustavo Bueno a las ciencias humanas parecería entonces ser más bien un límite moral que un límite gnoseológico, propiamente. ¿Acaso interesa al político que maneja las masas ingentes de datos provenientes de los *Big Data*, algo más que entender a los hombres en su reducción como entes consumidores, votantes, o asistentes a un concierto de moda? (Miguel Bosé está denunciando desde hace semanas que el coronavirus es la gran mentira de los estados, incluido España, para introducir la omnisciente tecnología

5G que tanto necesitan los servidores de *Big Data*). Por tanto, parece que también los saberes circulares deben estar definitivamente delimitados por un horizonte de fe. Las ciencias humanas sólo lo son en la medida en que no se saltan la línea roja de los niveles alfa-operatorios, aquellos donde el hombre puede quedar anegado y su capacidad operatoria disuelta, como en *1984* de Orwell y, más explícitamente, en *Un mundo feliz*, de Huxley. Porque la mentira tecnológica aleja al sujeto del conocimiento causal que produce el engaño, porque esa relación causal se establece a otra escala no operatoria, no técnica.

Quizá sea esta dimensión gnoseológica de las tecnologías orientadas a la dominación de las sociedades complejas del presente histórico la que responda a aquella pregunta que referíamos de Manuel Arias Maldonado, ¿qué añade la posverdad a las mentiras de toda la vida? -Pues que, quizá, se pueda vislumbrar la posibilidad de manejar mentiras a una escala capaz de neutralizar cualquier pretensión humana de controlarlas, no tanto por la vía de la confirmación o rechazo, sino por cuanto pueda ser posible que todas nuestras acciones queden, digamos, sometidas a un guión controlado (a un genio maligno); convirtiendo la tesis de Espinosa según la cual la libertad es la conciencia de la necesidad, en la tesis de que nuestra libertad es la apariencia decidida por un guión preprogramado, tal y como se mostraba, por ejemplo, en la película *Matrix*, o en el Mito de la caverna de Platón. Porque, ahora, la libertad quedará anulada, no por la concatenación cósmica de causas y efectos, preestablecida, en la cual la voluntad humana estaría intercalada, como decía Bueno, sino porque ahora la causalidad de la libertad como acción práctica, proléptica, de la persona, en tanto que su acción determina causalmente resultados objetivos de todo tipo, aun cerrada en el contexto de la sociedad de personas, estaría limitada por ella de modo tal que la identidad de la persona y los resultados de su praxis vendrían decididos y determinados por terceros de un modo necesario y envolvente, por un genio maligno, no de otro mundo, sino de este mismo mundo, de modos y maneras que se nos presentaran como totalmente incomprensibles, como le ocurre al espectador ante el mago.